

CARLOTA
MANZANO

Amor, ¡me ahogo!



Amor,
me ahogo!

Primera edición.

Amor, ¡me ahogo!

Carlota Manzano

©Febrero, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Estaba deseando llegar a aquel pequeño pueblecito. Se lo decía a “mi pastelito” como llamaba a mi Fiat 500 color rosa. Me lo había comprado seis meses antes y ahora, hasta el pago de sus cuotas estaba en peligro.

—Tú no te preocupes, cielo, que a ti y a mí no ha nacido quien nos separe. Ya verás como Kayra sale adelante, por mi vida que lo hago.

Poco podía imaginarme el día que lo saqué del concesionario que a la señora Engracia, mi jefa en el restaurante, le quedaban dos telediarios. Y no lo digo de manera metafórica, que menudo numerito habíamos tenido.

Aquel aciago domingo el restaurante estaba de bote en bote y ella, como la polvorilla que era, no podía menearse con más gracia y garbo por él. Engracia era una manchega con todas las de la ley y a sus ochenta años, decía que no la jubilaba ni Dios. Yo siempre pensé que se iba a morir con las botas puestas, pero no en ese momento ni de aquella forma.

Salía de la cocina con un buen plato de queso recién cortado cuando escuché su caída, sorda que, paradójicamente, nos dejó mudos a todos los presentes.

Nada pudo hacerse por ella, que salió de allí con los pies por delante. Y ninguno de los que allí trabajamos pudimos convencer al buitre de su hijo Santi para seguir adelante con el bar. Para mí, sin querer ser mala, que la muerte de su madre le vino como anillo al dedo, pues ese debía tener ya apalabrada la venta del bar, que tiraron en las siguientes semanas, para levantar aquel edificio de pisos de lujo.

Ahí comenzaron mis penurias económicas y, como mi pueblo en Albacete no es que fuera precisamente Nueva York, me quedé con una mano delante y con otra detrás.

Mi amiga Vero fue la primera en localizar por Internet aquel anuncio de trabajo en el que pedían una chica para trabajar en la cocina de un club social perteneciente a una urbanización de lujo.

Había varias maneras de contactar con la persona que ofrecía el puesto, pero a mí la que me más me convenció fue la de llamarla por teléfono.

No voy a decir que Nuria, que así se llamaba me cayera nada bien. Más bien lo hizo como un tiro de mierda, pero yo no aspiraba a conquistar su corazón sino, simple y llanamente, a que me diera el puesto.

—¿Estás segura de que tienes experiencia acreditada y ganas de trabajar? Porque si no es así, te digo desde ya que puedes ahorrarte el viaje. En mi club solo quiero a gente competente, tenlo en cuenta.

Era de lo más simpática y me daba la impresión de que confiaba en las personas de antemano, dicho sea con toda la ironía del mundo, que la tía debía tener timba.

Ganas no me faltaron de mandarla a tomar vientos, pero yo el curro lo necesitaba. Desde que mi padre, Rodolfo, se quedó en paro, en casa nos habíamos quedado a la cuarta pregunta. Bastante tenían él y mi madre, Manuela, con mantenerse y mantener a mi hermanito, David, que tenía quince años, once menos que yo.

Total, que en casa no es que estuviéramos nadando en la abundancia precisamente y, hasta entonces, mi sueldo había caído como agua de mayo. Imposible que yo me convirtiera en una boca más que alimentar que encima no aportara nada, antes muerta.

Sin más, me puse como loca a echar currículums y a buscar trabajo, y este del que me habló Vero se perfiló como el principal candidato. Cerca de casa no es que estuviera, pero, al tratarse del club social de una lujosa urbanización, contaba con unos pequeños apartamentos en los que alojaban a los currantes.

Eso suponía para mí una bendición porque mi sueldo pasaría íntegro a mis manos, habida cuenta de que también podría comer en el restaurante del club. ¿Qué más daba si mi jefa era una amargada? Lo importante sería que me adaptara bien al puesto, como una garrapata pensaba

hacerlo. A mí no me echaban de allí ni con agua caliente.

Fui escuchando música por todo el camino, necesitaba animarme, ya que era la primera vez que salía de casa para trabajar y la idea me daba un poco de vértigo.

Por suerte, eso sí, no dejaba ningún amor a mis espaldas. Desde que un año antes Julián y yo habíamos roto, yo andaba libre como el viento. Mejor, así no tenía más pérdidas que lamentar y podía desplazarme de lugar libre como el viento.

—Dios, pastelito, otra gasolinera que me paso de largo. ¿Cómo puedo ser tan desastre? Apura, ¿eh? No me vayas a dejar tirada, por lo que más quieras...

Al pobre solo le faltaba hablar, y no sería porque yo no hiciera encajes de bolillos para que así fuera, que me pasaba el rato dirigiéndome a él como si fuera una persona.

El wasap no paraba de sonarme y, como lo tenía personalizado, sabía que era de Vero. No podía estar más pendiente de mí. La de horas que nos habíamos pasado soñando juntas en los últimos días con la posibilidad de que pudiera venir a verme en cuanto yo le hubiera cogido el tranquillo a mi curro...

Con el verano a la vuelta de la esquina, Valencia sería digna de ver, estaría de no haber un alfiler. Pese a ello, mi trabajo no solo sería de temporada estival, sino para el año completo.

Y es que, en aquella urbanización de lujo, aunque cerraran la piscina cuando los termómetros tiraran a la baja, el club social seguía a tope el año entero.

Si algo podía decir que me tenía nerviosa, eso sí, era el talante de la que iba a ser mi jefa, la engreída de Nuria, pero a mí me sobraban redaños para pasar de ella como de comer mierda llegado el momento.

Lo tenía muy claro; yo iría a lo mío. Mi idea era subsistir, quedarme con algo de dinero y, con lo que me sobrara, aprovechando que no tenía que pagar alojamiento ni manutención, echar una manita en casa.

La carita que pondría David cuando le llegaran esas botas de fútbol con las que llevaba meses

soñando, bien valdría cualquier esfuerzo por mi parte.

Mi pastelito llegó al pueblo en cuestión, que era turístico a más no poder, con el combustible justo para que no tuvieran que empujarme. Me paré en una gasolinera que había a las afueras y un chaval encantador me atendió.

—¿Vienes de turismo?

—No, vengo a trabajar a la urbanización “Las Acacias”, ¿la conoces?

—Nos ha jodido, pues claro que la conozco, la de los pijos.

—Sí, eso me han dicho, que allí hay mucho nivel.

—Y mucha tontería, y muchos cuentos y, ya de paso, muchos cuernos. —El chaval hizo el gesto con la cabeza, como si fuera un toro y yo me eché a reír.

—¿Muchos cuernos? Mira que si acabo yo sentada en el “Sálvame” dándole a la lengua—bromeé.

—Pues no lo descartes del todo, que ahí alquila de vez en cuando hasta algún famosete.

—No me digas, mira, espero que no sea Mario Casas porque me puedo quedar muerta en la piedra, aunque tampoco su hermano pequeño está para hacerle ascos, que vaya dos maromos que echó ahí su madre al mundo.

—Yo de eso no entiendo mucho, de maromos digo, aunque mi hermana Lucía opina exactamente igual que tú, así que supongo que algo tendrán.

—Sí, algo tienen, ¿me pones también estos caramelos? —Eché mano de unos de propoleo porque, de tanto cantar por el camino, llevaba la garganta un tanto perjudicada.

—De acuerdo, pero a esos invita la casa, no te preocupes.

—Qué majo, espero tener suerte con el resto de la gente que me encuentre en el pueblo.

—Aquí la gente no es mala en general. Pero, mira, no te voy a engañar, si tuviera que señalar a alguien como una excepción a esa regla, esa sería tu jefa.

—¿Mi jefa? ¿Conoces a Nuria?

—¿Cómo te llamas, chica?

—Kayra, me llamo Kayra.

—Vale, Kayra, yo soy Jaime. Mira, aquí nos conocemos todos y esa tiene una fama de estirada y de asquerosa que no se la cree ni ella. Mi hermana Lucía trabajó una semana allí el verano pasado y dijo que una y ni una más, Santo Tomás, que no se volvía a poner a las órdenes de esa tipa.

—Joder, pues sí que tiene buena prensa.

—Sí, sensacional, yo creo que a los únicos a los que les cae bien en el mundo es a mis padres.

—¿A tus padres? ¿Y eso?

—Muy sencillo; porque a raíz de lo mal que lo pasó allí, mi hermana volvió a los estudios, que los había abandonado.

—Anda, o sea que hizo cierto eso de que “no hay mal que por bien no venga”,

—Exacto. —La sonrisa del chaval era una de esas que te hacen confiar.

—Bueno, pues muchas gracias por tu advertencia. Ahora ya sé que me tengo que poner la vacuna de la rabia antes de incorporarme al curro.

—De nada, mujer. Y otra cosa te digo, aquí tienes un amigo para lo que necesites. Si en algún momento la bruja esa te hace echar espuma por la boca, no tienes más que acercarte por aquí.

—¿Y eso? ¿Es que también vendes espumaderas o qué?

—Muy ingeniosa. No, pero un amigo es mano de santo en casos así.

En eso sí tenía razón el chaval. Mi amigo Rafa constituía para mí, junto con Vero, un tesoro. También él andaba bastante preocupadillo por cómo asumiría yo semejante cambio en mi vida.

Me despedí de Jaime dándole las gracias por todo y entré en mi coche cagándome en todo lo que se meneaba.

El *Google Maps* no tardó en llevarme a la urbanización en la que, efectivamente, se veía que tenían más cuentos que Callejas. Y otra cosa que llamó mi atención fue que los ceros en las cuentas debían ser directamente proporcionales al número de niños que debía tener allí cada pareja, pues dabas una patada y salía media docena.

Yo no había visto más Botox por metro cuadrado en mi vida, en el caso de ellas, ni más abdominal marcado en el de ellos. Madre del amor hermoso, que si una pamele por allí, que si un mojito por allá, que si una carrera de patinetes eléctricos de esos que parecen naves espaciales por parte de los chicos... Lo dicho, allí no sabían lo que era la miseria. Y, si había algún infiltrado que sí lo supiera, lo disimulaba a la perfección.

Las lámparas de rayos UVA debían funcionar también divinamente en las casas de todos ellos, porque no era normal que todavía no hubiera comenzado el verano y ya estuvieran todos negros como el carbón, incluidos los churumbeles.

—Hola, niños, ¿me podéis decir quién es Nuria? —le pregunté a un grupito que andaba por allí, fardando todos ellos de móvil.

Menos mal que no levantaban un palmo del suelo y que era hora de jugar al aire libre. Pues nada, mejor guardaba yo el mío o iban a pensar que era de juguete, los muy jodidos.

—Nuria es aquella, ¿vienes a alquilar una casa? —me preguntó la que parecía liderar el grupo, una repipi de mucho cuidado.

—No, vengo a trabajar en la cocina del club.

—¿A trabajar? Ya decía yo que, con esas pintas, era raro que vinieses a alquilar.

Por Dios que la hubiera cogido por el pescuezo allí mismo, ¡pues no me había tildado de pobretona, la niña de las narices!

—Pues eso es lo que hay, niña, a ver dónde estás tú cuando tengas mi edad.

—¿Yo? Con una licenciatura doble, y antes habré pasado por el mismo internado de Gales al que va a ir la princesa Leonor. ¿Tú has estado alguna vez allí?

Sí, seguramente que habría estado. Y, de haberlo hecho, sería para haberme hartado de pelar patatas con las que hacer tortillas, no te digo... Lo que había que escuchar, pues anda que había empezado yo con buen pie en aquel micromundo ideal al que había ido a parar.

Capítulo 2



—Tú debes ser Kayra, te advierto que la impuntualidad me jode una cosa mala.

Esa fue la bienvenida que me dio Nuria y yo pensé que si la vida es una tómbola, como cantaba de pequeña Marisol, a mí me había tocado el premio gordo.

Consulté mi reloj y resultó que era un minuto más tarde de la hora convenida. Alucinante, me estaba sacando los colores por un minuto a sabiendas que venía del quinto pino y de un poco más allá.

—Lo siento, no volverá a pasar. —Bajé la cabeza y me acordé de su generación entera, en todos los grados y en todas las direcciones.

—Eso te lo puedo asegurar porque como te dé por sacar los pies del plato, te garantizo que te pongo de patitas en la calle antes de lo que canta un gallo. ¿Entendido?

—Alto y claro—le contesté.

—Menos guasa, ¿eh? Ven, te voy a presentar al resto de gandules con los que trabajarás.

¿Aquella ensiliconada había llamado gandules a los que iban a ser mis compañeros? Pues parecía que sí, y no solo eso, sino que al referirse a ellos como “al resto” me había metido a mí en el mismo saco.

No la partiría un rayo, a la muy desgraciada. Y lo de ensiliconada no era precisamente un decir, que la tía tenía una delantera compuesta por dos balones de Nivea, por mi madre de mi alma. Capaz de decir que aquello era natural. ¿Natural? Naturalmente salido de las manos de un cirujano estético que debía haber ganado dinero a espaldas con ella porque, así a bote pronto, tenía

retocados también labios, nariz y pómulos.

Dicho así, puede parecer que de la que estoy hablando fuera, más o menos, de la momia del Tutankamón, pero no, la tía no debía superar los treinta y cinco, sin rima o con ella, que también parecía tener unas tablas de aúpa y esa debía hacer paz y guerra.

—¡A ver, un momento, prestadme atención! —Dio un par de palmadas en la cocina como si fuera la reina de Saba.

Los tres se pararon ipso facto y se volvieron a mirarla con cara de asco.

—Esta es Kayra y va a trabajar aquí con vosotros a partir de hoy. Espero que sepáis organizaros, que me conocéis y no soy amiga de tonterías.

Ni de tonterías ni de nadie en el mundo debía aquella tiparraca ser amiga, porque tenía pinta de ser más mala que un dolor miserere.

—No habrá problema ninguno, Nuria—le contestó aquella señora de unos sesenta, metidita en carnes y con gesto amable.

—Eso espero, Guadalupe, o van a llover despidos. Yo no digo más.

Eso es lo que tenía que hacer, no decir más porque ya estaba bien, hombre. Sin más, se marchó de la cocina y nos dejó a los cuatro solos.

Bueno, no pasa nada, me dije, y es que en otras plazas chungas había lidiado también. “Adelante, mis valientes”. Solté mi maleta en el suelo en un rincón, una vez que aquella bruja se quitó de en medio, y me quedé mirando al resto de la cuadrilla.

Era como si todos le tuviesen un miedo flipante, porque, nada más desaparecer la jefa, siguieron a la suya. Todos menos Inma, que se dirigió a mí.

—No le hagas mucho caso, Kyara.

—Kayra —le corregí sonriéndole.

Sé que el mío no es un nombre muy común y que cuesta memorizarlo. Por llamarme, me han llamado de todo; Kyara, Kyra, Karia... en fin. Un día le pregunté a mi madre que a santo de qué se le había ocurrido llamarme así, puesto que no había nadie de la familia con ese nombre ni ningún conocido.

—Lo vi hace muchos años en una revista y me gustó. Era una novia japonesa que se echó un futbolista. Cuando me quedé embarazada de ti y supe que eras una niña, me dije que mi hija tendría un nombre original y me acordé de esa chavalilla.

—Y tanto que original, como que no he escuchado este nombre por ninguna parte.

—¿Y no te gusta o qué?

Sí, sí que me gusta, pero yo de japonesa no tengo ni el blanco de los ojos. Soy de piel bastante morena como mi padre, tengo los ojos verdes muy redondos y el pelo castaño claro y rizado. Nada que ver con los rasgos asiáticos.

—Ok, Kayra —siguió Inma—. Lo que te decía, ya sé que Nuria es una porculera total, pero tampoco es que esté todo el día por aquí.

—Vale. ¿Qué hago ahora?

Guadalupe se giró y entró en la conversación.

—Tranquilizarte, muchacha. Tengo entendido que no te incorporas hasta el turno de la cena, así que puedes ir a instalarte en el apartamento y relajarte hasta entonces—me dijo.

—Seremos compañeras —intervino Inma.

—Vale, ¿cuál es el apartamento?

—A ver, hacemos una cosa si te parece, porque si te lo explico, lo mismo te lías —echó un vistazo

a su reloj —. En veinte o veinticinco minutos termino. Espérate por aquí y vamos juntas para allá.

—Por mí, perfecto.

—Mientras, si quieres, puedes darte una vuelta por ahí. O quédate con nosotros, que te voy enseñando todo esto.

La simpática de Inma, una chica súper guapa que debía tener entre dieciocho y veinte años, no más, fue abriendo todos los compartimentos del mobiliario metálico de debajo de la isla y de las encimeras para que viese cómo tenían organizado por allí el material. Todo estaba pulcramente ordenado, igual en los muebles que en los frigoríficos y congeladores.

Aquello era bastante más grande de lo imaginado, tanto la cocina como el restaurante en sí, que estaba a rebosar de gente a esas horas. Gente, en mi opinión, de mucho postureo (por no llamarlo cuento), con sus servilletas bien estiraditas sobre los muslos y los dedos meñiques en el aire, mientras daban sorbos a las copas de vino. ¡Qué finos, por Dios!

Una media hora más tarde, Inma terminaba su tarea en la cocina.

—Venga, vamos allá.

—Una pregunta, Inma, ¿tú no te quedas a recoger con ellos?

—No, hoy no. Le toca a Guadalupe. Esto va por turnos, ¿sabes? Nos toca una semana a cada uno.

—Vale, vale.

—Y ahí te quiero ver. Cuidado con eso, porque si Nuria tiene castaña con la presentación de los platos y con que todo esté colocado en su sitio, no te cuento ya cómo es para el tema de la limpieza.

—Ya me imagino. Que tiene que estar todo siempre como la patena, ¿no?

—Exacto. Tú lo has dicho. Al pobre Jero le ha montado más de una vez una buena carajera por lo

mismo —me contó llegando ya casi a nuestro apartamento, llave en mano.

—Se le ve así como muy calladito, ¿no?

—Más que calladito, acojonado, eso es lo que le pasa. Le teme a la Nuria más que a un nublado. Es buena gente, pero me da mucha pena de él. Le hace mucha falta el trabajo.

—¿Y eso? —pregunté con curiosidad.

—Bueno, ya te lo irá contando él mismo con el tiempo. Este chaval es huérfano de padre y madre. Tiene veinte años recién cumplidos y lo ha criado su única tía, una mujer solterona. Por lo visto, murió hace año y pico de repente, dejándolo en el mundo más solo que la una porque no tiene hermanos ni perrito que le ladre.

—Ya. Pues sí, qué lástima, jolines.

—Bueno, dejémonos de penas ahora, a ver qué te parece esto —metió la llave y abrió la puerta de la que sería en adelante mi vivienda.

Me encantó ya de entrada, solo con ver el pequeño recibidor de decoración surfera. En la pared, tras la puerta, había una chancleta de madera imitando a esas de goma para la playa. Tenía un ganchito metálico del que colgaba una llave. Inma la cogió y me la puso en la mano.

—Toma. Esta es la tuya. Guárdatela y cuídate bien de no perderla, que menuda es aquí nuestra jefa también para estas cosas.

—Y digo yo, ¿hay algo para lo que la señora no sea cojonuda?

Se lo pregunté ya con toda la confianza del mundo, habida cuenta de que Inma no había dejado de despotricar sobre nuestra jefa en todo el tiempo. Algo me decía que entre aquella chavalita y yo iba a haber mucha complicidad, que nos íbamos a llevar muy bien.

—Jeje, pues no sé yo qué decirte—me respondió—. Hasta ahora no le he encontrado nada bueno. El novio, en tal caso, pero ese mérito es de él. Y te digo lo de la llave porque a Sandra, mi anterior compañera de apartamento, le formó un pollo horroroso a cuenta de lo mismo.

—¿Y la despidió por eso?

—No, pero los gritos que le metió todavía tienen que estar retumbándole en los oídos a la chavala. El caso es que al final la encontró un par de días más tarde en otro bolso, pero Sandra estaba hasta el reverendo moño de ella y aquello fue la gota que colmó el vaso. Ella misma le pidió la cuenta y se fue dejándola plantada como un mojón.

—Vaya plan.

—Sí, hija, sí. Aquí no se puede bajar la guardia, pero haciendo las cosas bien, ya te digo yo que tenemos trabajo para rato.

—Por cierto, ¿cuánto tiempo llevas tú aquí, Inma?

—Cerca de dos años, lo suficiente para haberle pillado ya el tranquillo a la chulilla esa.

—¿Cerca de dos años? ¿Pero qué edad tienes tú?

—Veintitrés voy a cumplir, ¿por?

—Vaya, pues no los aparentas, pareces más jovencita todavía.

—Eso me dicen. Cosas de genética. Tendrías que ver a mi madre también. Muchas veces, yendo de compras, nos han tomado por hermanas. Bueno, mira, esa es tu cama —me señaló la más cercana a la ventana.

Aquel coqueto pisito tenía un acogedor salón con chimenea y un original sofá tipo chester, de alegres estampados. Sobre este, en la pared, una tabla de surf. En el resto de las paredes lucían toda clase de objetos relacionados con lo mismo. Me encantó en cuanto lo vi. Al fondo tenía un balcón que daba a un par de piscinas para los más peques de la urbanización; pijolandia, como la bauticé mentalmente según planté mis pies en ella a mediodía.

La cocina era de estilo francesa, pequeña, pero bien organizada. El cuarto de baño, eso sí, era

completo, con una bañera de concha que daba gusto. Y nuestro dormitorio era también muy acogedor dentro de su sencillez. Tenía dos camas cubiertas por unas coloridas jarapas de rayas, una mesilla de noche entre ambas y, en la pared de enfrente una cómoda con un espejo con marco de conchitas y estrellitas de mar.

Allí había también un hermoso armario empotrado de pared a pared, que tendríamos que compartir Inma y yo. Pero lo que más me gustó fue el balconcito; una especie de terracita que daba a las mismas piscinas infantiles que se veían desde el salón, con una mesita redonda y dos butaquitas de mimbre.

—Aquí se tiene que estar de lujo por la noche, ¿no?

—Y que lo digas. Aunque, muchas veces, una termina tan harta de los fogones que viene directa para la ducha y para la cama.

—¿Tanto trabajo hay en ese restaurante?

—Bueno, depende. Aquí la gente lo aprovecha para celebrar muchas cosas, sobre todo cumpleaños, aunque yo ya he visto de todo en el tiempo que llevo aquí, que si graduaciones de los chavales, que si comuniones, que si bodas de plata... tú sabes.

—Qué potito—solté con ironía, provocando la risilla de ella.

—Sí, hija, sí. Ya te irás acostumbrando al ambientito y al curro a destajo.

Esa primera noche empecé a comprobarlo en mis propias carnes. Inma ya me había puesto al corriente durante la tarde del sistema de trabajo en aquella cocina, y yo ya sabía de antemano exactamente mis funciones.

Pero claro, una cosa era que esta que está aquí supiese ya cuáles eran sus misiones y, por tanto, no anduviese por allí como un pato mareado, y otra bien distinta aquello; que terminara estresada como pocas veces en la vida.

La cena fue un no parar. Salían unos clientes y entraban otros del tirón. ¡La virgen! Llegada cierta hora, cuando parecía que la cosa ya estaba más calmada y que ya apenas quedaba nada por hacer,

Inma se quitó el delantal.

—Pufff, estoy hecha una mierda—se echó mano al vientre—. La regla me tiene frita.

—Déjalo ya por hoy, mujer— Guadalupe se apiadó de ella.

Esa otra mujer también me cayó bien desde un principio. No hablaba mucho tampoco en tanto que trabajaba, al igual que ocurría con Jero, pero cuando abría el pico para dirigirse a nosotros por lo que fuese, siempre lo hacía con mucha amabilidad.

Guadalupe tenía sesenta y dos años y un marido (otro cotilleo que me contó Inma durante la sobremesa) que la tenía crucificada; un tipo que trabajaba como pintor de tarde en tarde cuando le ofrecían algún trabajillo suelto. Ese no era el problema. El problema es que le gustaba empinar el codo más de la cuenta y que, para que no le faltase de nada, le iban las máquinas tragaperras y los bingos más que a un tonto un lápiz.

No solo apenas aportaba ingresos en casa, sino que encima se gastaba gran parte del sueldo de su mujer en toda clase de vicios. Para completar el cuadro, tenía fama de mujeriego.

—Un angelito, vamos —esa fue mi sentencia cuando Inma, echada en su cama aquella tarde, me contó todo aquello.

—Totalmente —me contestó—. No sé cómo Guadalupe le aguanta. Yo lo habría mandado lejos hace mucho tiempo.

—Ella sabrá por qué lo hace. Sus razones tendrá la mujer, me imagino.

—Sí, pero de poco peso para mí. Dice que adónde va ir ya ella a sus años. Ya ves tú que tontería.

—Pues, chica, eso digo yo. Ni es tan mayor ni le faltarían oportunidades. Además, mejor sola que mal acompañada.

Ese era mi pensamiento también. Guadalupe era una mujer que, para su edad, estaba muy pero que muy de buen ver. Alta, con el pelo rubio bien peinado en un moño alto y la cara bastante estirada todavía, podría asegurarse que candidatos no le faltarían en caso de dejar al marido. Aparte, como

ya dije, se la veía una mujer de carácter muy agradable, pero bueno...

Volviendo a lo que estaba diciendo antes. Inma se quitó también el gorro de tela, presta a dejar ya la cocina por esa noche.

—¿Te vienes conmigo, Kayra?

—Vete tú, que ahora en un ratito voy yo también para casa —le respondí.

Casi que podría haberme marchado a la par que ella, pero preferí esperar un poco. Quería preguntarle a Guadalupe un par de cosillas sobre una receta de un flan que le había visto preparar.

Se veía a leguas la experiencia como cocinera de aquella mujer madura que llevaba por dentro su propio vía crucis. Y yo, que siempre me ha gustado tanto la cocina, estaba dispuesta a aprender a su lado todos los trucos posibles para llegar a su altura.

Cuando nada me ataba ya allí dentro, me despedí de Jero y de Guadalupe, quien debería echar aún un rato más dándole a las bayetas, y salí por las puertas de la cocina para marcharme del tirón a mi apartamento.

Aquella urbanización era un laberinto de casitas todas iguales por fuera, por lo que no tuvo nada de raro que me despistase al salir, y menos con la oscuridad de la noche. Todavía no estaba familiarizada con sus callecitas y recovecos, y todo esto se tradujo en que de repente me viese un tanto perdida.

A esas horas no se veía apenas gente y me quedé como una imbécil mirando a izquierda y derecha. En ese momento me fijé en que un socorrista andaba recogiendo algo del suelo, en uno de los bordes de la piscina.

Me fui para aquel chaval musculoso y, cuando le tuve cara a cara, casi me caigo de espaldas al agua. Es un decir, lógicamente. Me refiero a que estaba bueno hasta aburrir... ¡qué pedazo de monumento, madre mía!

Él fue quien me indicó el camino hasta mi apartamento. Sería luego, ya en él, cuando me enterase por Inma de que se llamaba Imanol. Adormilada como estaba, no me dio ningún otro dato sobre su

persona.

Capítulo 3



Me levanté con toda la ilusión del mundo. Y eso que sabía que Nuria no estaba dispuesta a ponernos las cosas fáciles en absoluto, bien lo había demostrado el día anterior. Pero yo no podía echarle demasiada cuenta al asunto, no fuera a ser que me sacara de mis casillas más de la cuenta.

Pasara lo que pasara con aquella infeliz, que eso era lo que parecía en el fondo, yo tenía que mantener la sangre fría y punto redondo.

Por cierto, que eso de la sangre fría era justo la antítesis de lo que me había pasado cuando me topé con Imanol, que ese me la puso hirviendo. Un consuelo y un gusto para mis ojos, que no todo iba a ser trabajar y echar de menos a los míos.

Mientras me vestía, Inma dormía como un lirón. Pensé que tenía mucho mérito, porque no era más que una cría y, según me había contado la noche anterior, esa condición no la libraba ni un ápice de que Nuria le hiciera pasar las de Caín también a ella. Tenía narices la cosa.

Nuestra jornada comenzaba a eso de las doce y media de la mañana, hora en la que debíamos tener preparadas un mogollón de tapas y platos, que salieran de la hora del pisco-labis a la del almuerzo. Hasta esa hora tenía libre, por lo que debía aprovechar, que luego me pasaría todo el día diciendo esa frase tan típica de mi madre de “huye que te alcanzo”.

Miré el reloj y apenas eran las nueve de la mañana. Inma era muy ordenada y limpia, por lo que el pequeño apartamento estaba impoluto, nada había que hacer en él. Además, lo último que yo deseaba era despertarla, pobre criatura.

Con la cara lavada y recién *peiná*, que cantaría Manolo Escobar, salí de allí prácticamente de puntillas en dirección a mi coche. Todavía no conocía el pueblo y tenía ganas de ubicarme un poco. Además, me habían contado que era muy bonito y pintoresco.

Si algo me gustaba a mí de buena mañana era tomarme un rico cafelito mientras me acariciaban los primeros rayos del sol del día, así que pensé que no sería ningún dispendio salir a desayunar a la calle. Luego bien que lo pagaría, que trabajaría el resto de las horas del día.

Enfilé la calle principal del pueblo en un pis pas, pues eran apenas cinco minutos en coche los que lo separaban de la urbanización. En realidad, también podría haber ido andando y así hacía algo de ejercicio, pero las muchas horas que me esperaban más tarde en la cocina, a pie parado, me echaron hacia atrás.

Nada más llegar, le pregunté a una simpática señora, que portaba un canasto de mimbre y parecía ir camino de la compra, por un sitio en condiciones para desayunar.

—En aquella esquina tienes una cafetería, hija, allí acuden los turistas como las moscas a la miel. Sirven un café estupendo y unos dulces y tostadas que también dan gloria, ¿sabes?

—Muchas gracias, señora.

—Las gracias para los curas, hija.

Mientras la señora proseguía su camino yo pensé que era el estereotipo típico, como tantas y tantas de mi pueblo; mujeres amables deseando hacer un favor al prójimo.

Llegué a la cafetería en cuestión y comprobé que tenía razón. Vaya surtido de dulces expuesto en aquellas modernas vitrinas que estaban como los chorros del oro.

El bullicio era un hecho. Ese mismo día daban a los niños las vacaciones escolares y allí no cabía un alfiler.

Una espigada chica, rubia y con ojos claros, acudió a atenderme.

—¿Qué te apetece tomar, guapa? —me preguntó.

—Pues un café con leche y uno de esos de dulces, que tienen una pinta increíble. Solo hay un

problema, que no sé por cuál decantarme.

—No me extraña, no es porque yo trabaje aquí, pero tenemos los mejores dulces del pueblo. Yo de ti probaría un cremoso de Kinder, que están de rechupete.

—Buena idea, no se diga más.

Sin duda, debía tener razón. Y encima, ¿qué decir del ambiente de aquel lugar? Pues que la tahona no podía ser más exquisita también en lo que a decoración se refiere, con el predominio de una carpintería en verde agua que le otorgaba un toque increíblemente comfortable.

—Lucía, ¿puedes venir? —le preguntó la que debía ser la encargada, una chica mayor que ella, que también derrochaba agrado. Lo mismito que Nuria, vaya.

—Ahora mismo voy, Casandra. Un segundo que termino de tomar esta comanda.

Recordé lo que me había dicho Jaime el día anterior y, aunque sería mucha casualidad, no era del todo descabellado.

—¿Tienes un hermano que se llama Jaime? —le pregunté.

—Sí, ¿lo conoces? Tú eres nueva en el pueblo, ¿no?

—Sí, pero no tanto como para no saber que te flipan los hermanos Casas, los actores, como a mí.

—No jodas, ¿y a quién no? Anda que no están buenos ni nada. ¿Te lo ha contado mi hermano?

—Sí, casualidades de la vida, ayer estuve en su gasolinera y salió el tema.

—Será bocachancla.

—No le des la chapa, anda, que me pareció un tío extraordinario.

—Sí, sí, que lo es. Por cierto, que debe estar al llegar. Las mañanas que libra se acerca por aquí y

se toma un cafecito conmigo.

—Anda, pues estupendo.

Por lo poco que habíamos hablado, me daba la impresión de que aquellos dos eran muy buena gente.

Efectivamente, no tardó en llegar ni diez minutos.

—¿Kayra? —me preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, Jaime, la misma.

—Anda, no te esperaba por aquí.

—Ni yo a ti, ya he conocido a tu hermana Lucía.

—Ea, pues nada, ya solo me queda invitarte a casa para que conozcas también a mis padres. —Se echó a reír.

—¿Te imaginas?

—Ya ves, cuando quieras. Aquí nos andamos con pocas tonterías, guapa, somos todos muy campechanos.

—Bueno, salvando a alguna que no quiero nombrar, para no agriarme la mañana.

—Nuria, ¿no? Supongo que ya te habrá soltado alguna de las tuyas.

—¿Nuria? No me digas que trabajas para esa malnacida—me preguntó Lucía, quien venía moviendo las caderas graciosamente, bandeja en mano.

—Sí, tengo esa dicha—le respondí con gracia.

—Buff, pues te compadezco.

—Sí, ya le comenté ayer que tú habías estado bajo sus órdenes el año pasado y que acabaste hasta la coronilla, ¿verdad, hermanita?

—Y eso por decirlo de un modo fino, pero habría otros que lo son menos.

—A mí es que no me queda más remedio, así que tengo que echarle paciencia al tema.

—Pues sí que la vas a necesitar, eso y un buen complemento vitamínico, yo de ti me lo iba comprando ya.

Miedito me daba escuchar a Lucía, pero bien se veía que ella sabía de lo que hablaba.

—Pues nada, de aquí a la farmacia, qué se le va a hacer.

—Eso y grandes dosis de humor, chica, no te queda otra—añadió Jaime.

—Pues sí, ¿os sentáis conmigo?

Ambos accedieron y Lucía se fue a preparar sus cafecitos mientras Jaime tomaba asiento a mi lado.

—Y el resto de los compañeros, ¿qué tal?

—Bien, el resto parecen muy majos. Por cierto, ¿conoces a Imanol? Es un chico así de tu edad más o menos.

Unos treinta años les echaba yo a ambos.

—Claro que le conozco o, mejor dicho, lo conocía, porque desde que sale con Nuria no hay Dios que le vea el pelo.

—¿Imanol sale con Nuria? —Suerte que todavía no le había dado el primer sorbo al café porque

si no, era probable que hubiera llegado hasta la pared de enfrente.

—Sí, para su desgracia, sí.

—Joder, pero ¿por qué? No lo entiendo. Si el tío parece un encanto y ella es el bicho que picó al tren, ¿cómo es posible?

—Mira, es algo que no entiende nadie, pero para mí que lo tiene cogido por los huevos.

—¿Cogido por los huevos? Explícate, no te entiendo.

—Verás, antes Imanol trabajaba en un concesionario de coches de Valencia capital. Se fue para allá porque su hermano César, que no tiene nada que ver con él y siempre fue carne de cañón, se empezó a meter en unos marrones de no te menees.

—¿En unos marrones? Explícate...

—Pues es muy sencillo; en temas de drogas. Se largó de casa e Imanol salió tras él. Mira que se lo dije veces, que el bala perdida de César le iba a arruinar la vida, pero él estaba emperrado en ayudarlo, no sabes el corazón que tiene.

—¿Sí? Eso me había parecido cuando lo saludé—le comenté sin pensar demasiado, pues ese comentario no tenía mucho sentido, ¿en qué plato habíamos comido juntos para que yo hubiera sacado tal conclusión?

—Pues no te equivocaste. El asunto fue que Imanol, que vale su peso en oro, llegó a ser el encargado del concesionario, pues pese a su juventud, era el que partía el bacalao allí.

—¿Y?

—Y César, con malas artes, se hizo con las llaves del negocio y metió la mano en la caja.

Las manos, pero las dos y a la cabeza, fue lo que me llevé yo al escuchar esas palabras.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

En ese momento llegó Lucía con los cafés y tomó asiento.

—Le estoy contando lo de Imanol con César, Lucía.

—Joder, qué fuerte, y pensar que yo bebía los vientos por ese crápula, menos mal que me quitaste la idea de la cabeza, hermanito.

—Pues sí, yo sabía que ese le buscaba la ruina al más pintado.

—¿Y qué pasó? —intervine porque estaba deseosa de saber.

—Pues que una cámara de seguridad demostró que fue César quien robó el dinero, pero eso no evitó que a Imanol le pusieran de patitas en la calle. Y, para más inri, logró sortear la entrada de su hermano en prisión comprometiéndose a una serie de pagos con su antigua empresa, que en realidad es él quien atiende.

—Acabáramos, y le estará costando la misma vida tirar para adelante, ¿no es así?

—Así es. Y la tal Nuria, que llevaba tiempo tras él, se ofreció a echarle una mano y a darle trabajo... Hasta que al final, poco menos que le dijo que, o entraba por el aro de estar con ella, o lo dejaba en la estacada con lo de sus deudas.

—Qué hija de mala madre, y vosotros, ¿cómo sabéis esto?

—A mí me lo contó Imanol en una borrachera que nos pillamos los dos, en cierta ocasión que Nuria había ido a la boda de una prima suya.

Se veía que Jaime e Imanol habían tenido una estrecha amistad, por lo que la fuente era fidedigna.

—Vaya con la tía, también hay que tener poca dignidad, retener a un hombre así a su lado.

Hice aquella reflexión en alto porque a mí, cosas así, no me entraban en la cabeza.

—No sabes tú bien hasta dónde es capaz de llegar esa. Y te digo una cosa, que lo retiene por sus ovarios, no porque de verdad esté enamorada de él, que esa solo se quiere a sí misma—añadió Lucía mientras le daba un sorbo a su humeante taza de café.

—Pues está apañado el pobre, ese está peor todavía que yo, que ya es decir...

Por mi forma de verbalizarlo, los tres nos echamos a reír y volví a tener esa sensación de estar haciendo amigos.

Compartí con ellos una media hora en la que también me pusieron al día de algunos otros personajes de la urbanización dignos de salir en alguna serie de televisión de esas esperpénticas que cuentan las vivencias de ciertos vecinos con los que hay que partirse de risa.

Con las pilas bien cargadas por el buen rato que pasamos, me despedí de mis amigos. Antes de volver a mi trabajo, pasé por una zapatería con la idea de hacerme con algún tipo de calzado que me permitiera combatir los rigores de las muchas horas que me iba a tocar permanecer de pie.

Con él en la caja, volví hacia mi coche pensando en que el pobre Imanol tenía una buena papeleta por delante, ¡vaya guasa!

Capítulo 4



A esas horas la piscina ya empezaba a animarse. Al pasar por allí, vi dentro de ella a Imanol con un chiquillo que no tendría más de tres o cuatro añitos. Daba la sensación de estar enseñándole a nadar. ¿Sería también monitor ese pedazo de bombón?

Justo entonces se me vinieron las palabras de Inma a la cabeza, acerca de que lo único bueno que tenía Nuria era el novio. Y tan bueno. No solo estaba como un queso, sino que además era una persona con un corazón enorme, por lo escuchado a aquel par de hermanos. A mí también me había tratado con mucho agrado cuando me vio por la noche más perdida que el barco del arroz buscando mi apartamento.

Aceleré el paso al pasar junto a la pisci, y es que quería soltar la caja de zapatos en el apartamento antes de ponerme manos a la obra en el curro junto a mis compañeros. De todas maneras, eso no evitó que Imanol me viese al pasar. Me sonrió con su preciosa dentadura tan blanca como la nieve y levantó el brazo.

—¡Hola! ¿Ya te has aprendido bien el camino?

Me quedé un poco cortada, pero le saludé con su misma efusividad, agitando la mano.

—¡Buenas! Sí, muchas gracias. Espero no perderme ya más.

El norte. Eso era lo que podía perder por él fácilmente cualquier mujer con ojos en la cara. Mujer o no mujer, porque aquel tipo no podía pasar desapercibido por ningún lado, me dije. Tan contenta que entré yo por el apartamento. En ese momento, Inma se disponía a salir.

—Heyy, ¿dónde te habías metido?

—Buenas, niña. He andado por ahí por el pueblo, me he estado tomando un cafelito y me he comprado esto —destapé la caja y le mostré mis cómodos zapatos nuevos—. Creo que me vendrán bien para el trabajo.

—Pinta de cómodos tienen, desde luego. Pero venga, espábilate que se nos echa la hora encima —me advirtió.

Me descalcé a la carrera y me los puse. Por el camino fuimos dándole a la sinhueso, para no variar.

—Y bueno, ¿qué más has visto por ahí? —quiso saber.

—La verdad es que no me ha dado tiempo a gran cosa, pero creo que he hecho un par de amigos.

—¿Un par de amigos? ¿Y están buenos? —sonrió con cara picarona.

—Son chica y chico. Dos hermanos. Él trabaja en la gasolinera de ahí cerca.

—Vale, vale. Te refieres a Jaime y Lucía, ¿no?

—Los mismos. ¿Tú también los conoces?

—Y casi todo el mundo, por aquello de que trabajan donde trabajan los dos. Esto es un pueblo y casi toda la gente se conoce, Kyara.

—Kayra, es Kayra—tuve que corregirla.

—Pues eso, Kayra, pufff, qué complicadito tu nombre, chica. Lo que te estaba diciendo, que sí que los conozco. Sobre todo, a ella.

—Ah, ¿sí?

—Sí, tenemos cierta confianza. No es que sea mi mejor amiga, pero bueno, que vale...

—Me ha parecido una tía guay.

—Y lo es, lo que pasa es que no tiene muchas luces la mujer.

—¿Por qué dices eso?

—Porque casi la caga. Si no llega a ser por el otro...

—No te estarás refiriendo al jaleo de lo de César por casualidad, ¿verdad?

Inma se paró en seco y me miró extrañada.

—Jopé, que rápido te han puesto al corriente de todo, hija. Menos mal que los acabas de conocer.

—Vamos a ver, Inma, que no es que me hayan puesto al tanto de todo sobre sus vidas. Simplemente ha salido el tema a colación de Imanol. Hablábamos de él y...

—Ándate al loro, Kayra, te doy un consejo. Ten cuidado con lo que vas hablando por ahí sobre el novio de tu jefa, porque eso sí que no lo tolera de ningún modo. Nuria tiene más malas pulgas de lo que te puedas imaginar cuando se trata de eso.

—En realidad, yo no he dicho nada, quiero decir nada malo. Han sido ellos los que me han contado lo que hay por detrás de esa historia.

—Pobre de ellos. No les rindo las ganancias como llegue a oídos de la que te dije.

—No será por mí, descuida, si te lo comento a ti es porque me pareces de fiar.

—Y lo soy, puedes estarte bien tranquila conmigo. Pero la gente tiene mucha maldad y aquí más todavía. Mucho enredo, ya irás viendo.

—Sí, y siendo un pueblo tan chico hay que andarse aún más al loro, supongo.

—Supones bien. Por eso te decía que Lucía no es una mujer con muchas luces.

—Sí, ya sé que por poco termina con el crápula de César, pero bueno, cualquiera podemos meter la pata. El caso es que Jaime terminó abriéndole los ojos.

—¿Meter la pata dices? El patón, diría yo más bien.

—Mira, no sé a qué te refieres, pero creo que me he perdido algo—lo dije como el que no quiere la cosa, a ver si se soltaba un poco de la lengua. Reconozco que me estaba intrigando.

—Ya veo que te han contado solo hasta dónde les ha parecido, pero el asunto pudo costarle el matrimonio.

Me quedé tiesa al escuchar esas palabras. ¿Le había estado poniendo los cuernos Lucía a quien quisiera que fuese su marido?

—No sabía ni que esta chica estuviera casada.

—Lo está, no es que lleve mucho tiempo, pero sí. Está casada. El problema es que tuvo el santo cuajo de liarse con el otro vaina poco antes de la boda. Un buen día Jaime se enteró de chiripa.

—¿Por quién?

—Por Gonzalo, un amigo suyo que andaba de vacaciones en un hotel del pueblo de aquí al lado. Parece ser que la vio entrar muy acaramelada con un chaval rubio y luego le fue con el cuento a Jaime, creyendo que aquel rubio era el novio de ella. El chaval no lo hizo con maldad, pero imagínate. El hermano flipó y la encaró, pensando que podría haberla visto cualquier otra persona de por aquí y... pues eso, que su aventurita hubiera corrido como la pólvora hasta enterarse Luis, su por entonces novio y hoy marido.

—Me da a mí que esto es peor que “Falcon Crest”.

—No lo sabes tú bien. Ya te seguiré contando chismes, vas a flipar en colores, y ahora... al tajo —me dijo, entrando ya por la puerta de la cocina del restaurante que daba a la parte de detrás de este.

Si la cena del día antes había sido un no parar, aquel almuerzo le dio tres vueltas. ¿Es que acaso en aquella urbanización no cocinaba ni el tato? Eso parecía. Terminado nuestro turno, Inma y yo volvimos a salir juntas por donde mismo habíamos entrado.

—Qué barbaridad de gente, niña. ¿Esto es así todos los días?

—Más o menos, pero en verano. Tú sabes, en Semana Santa y cosas así también, ya luego en invierno baja bastante la cosa porque la mayoría de los señoritingos estos cogen el pescante para sus casas. Digamos que, para muchos de ellos, esto es su segunda residencia. También los hay que no aparecen nunca porque se dedican a alquilar sus apartamentos de continuo —me contó.

—Oye, una duda que tengo, ¿nosotros no podemos usar la piscina?

—Nosotros los que trabajamos aquí, sí, lo que no podemos hacer es traernos a la peña, ¿entiendes?

—Sí, claro, que podemos tirarnos por aquí a tomar el solecito o darnos el chapuzón, pero nada de traer amigos, ¿no?

—Exacto.

—Oye, ¿y por qué no nos ponemos el bikini y salimos? Hasta la hora de volver al curro podríamos aprovechar.

—Ufff, no sé qué decirte, Kayra. Sigo bastante jodidilla con lo de la regla y estoy a base de pastillas. Me apetece echarme una siestecita en la cama. Además, quiero charlar un rato con mi amiga Adriana, que ayer la operaron de una rodilla.

—Está bien.

—Está bien, no, so boba. Que yo me quiera echar no quiere decir nada. Tú puedes hacer lo que te apetezca a ti. Quién sabe, lo mismo haces también amistades entre la gente de aquí.

Lo dijo como con recochineo, a sabiendas de cómo las gastaban por allí y que era algo inviable. Para aquella gente tan estirada, nosotros éramos como una especie de intrusos. Encima, no te toca

las narices. Después de que estábamos constantemente atendiendo a todas y cada una de sus cachorreñas, nos miraban por encima del hombro. Qué asco me ha dado desde siempre la gente así. Bueno, a mi plin, para mí no dejaba de ser un trabajo, y bien pagado, que todo hay que decirlo, leñes.

A Inma, no, pero a mí sí que me hacía darme un buen refrescón en la piscina. Más de uno o una pensará que atraída por el macizorro que estaba al frente de ella controlándola, pero la verdad es que no. Sabiendo ya de quién se trataba, lo último que se me hubiera ocurrido habría sido rondarle. No quería problemas de ninguna clase con la “simpática” de mi jefa, mucho menos por temas personales. Hasta ahí podría llegar la broma.

Hacía bastante calor y la cocina era un puñetero horno por aquellos días. Apetecía darse un agua allí. Ese era el único motivo.

La acompañé hasta nuestro apartamento, me planté un bikini brasileño monísimo que aún no había tenido ocasión de estrenar y salí de allí con una toalla que me había dejado Inma dejada caer en el hombro y portando en el otro un bolso playero con mi móvil, un libro y el bronceador. No me hacía falta nada más.

Desplegué aquel toallón sobre el césped a una distancia prudencial de la piscina para que los niños, saltando sin parar desde sus bordes y desde el trampolín, no me salpicaran. Me puse bocabajo y abrí mi libro; una de esas novelas románticas que tanto me gustan desde que empecé a leerlas. No llevaría ni quince minutos leyendo tan tranquila cuando escuché a alguien a mis espaldas.

—Hola. ¿Qué tal?

No tuve necesidad de volverme para saber que se trataba de Imanol. Miré a ambos lados antes de darme la vuelta, temerosa de que la otra harpía anduviese cerca.

—Hola —le respondí con cierta timidez.

—Estaba allí en mi puesto y te vi llegar, y he visto que te has tumbado al sol del tirón.

—Sí, he venido a echar un ratito por aquí, me ha dicho mi compañera que no había ningún

problema en eso.

Imanol me sonrió con una dulzura increíble.

—Y no lo hay, mujer, solo que ya llevas un buen rato al sol y me parece que no te has dado protección. Al menos, yo no te he visto hacerlo.

Me dejó fría. ¿Me estaba observando? Parecía que a aquel morenazo no se le iba ni una por alto. Cosas de su oficio, que tenía que estar pendiente de todo el mundo, pensé en una milésima de segundo. La gracia es que una no estaba en la piscina, sino allí calladita a lo suyo.

—Ay, es verdad. Y mira que me he traído el protector —se lo dije agarrando el capazo y sacándolo.

—Ten mucho cuidado. La semana pasada un turista alemán terminó en urgencias por la noche a cuenta de las quemaduras. Parecía un cochino escaldado.

Solté una carcajada con la comparación. Además de guapo y simpático, también era gracioso el chaval. Qué completo él niño. Solo le sobraba una cosa que no voy a mencionar porque no es necesario, jeje. Pobre de él.

—Ahora mismo me doy la crema, aunque tengo una piel bastante resistente porque, ya lo ves —estiré los brazos hacia delante, mirándome primero uno y luego el otro—soy de piel bastante morena de por sí.

—Lo veo, lo veo, pero, de todos modos, no te confíes. El sol está peligrosísimo, y más a estas horas del día.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Si le hablé así era para que entendiese que por mi parte estaba dando por zanjada la conversación, pero ya vi que el guapísimo socorrista tenía ganas de prolongarla.

—No estás muy acostumbrada a la playa, ¿verdad?

—Si te digo la verdad, no. En Albacete, no tenemos ese privilegio.

Ya quisiera yo vivir en un pueblo con mar, pero en mi pequeño pueblo teníamos que conformarnos con el paso del río Segura buscando el Mediterráneo. Para colmo, a Julián, mi ex, no le gustaba la playa en absoluto, con lo que apenas la habíamos pisado en los años que estuvimos de novios. Casi siempre pasábamos las vacaciones en la montaña.

Tonta de mí, pensarán muchos, y con razón. Una relación de pareja es un ten con ten, como suele decirse, pero yo prefería privarme de las cosas antes que hacerle entrar a él por otras que sabía que le disgustaban.

Para disgusto el que se llevó mi madre el día que terminamos nuestra relación. Ella idolatraba a mi novio, aunque no sé bien por qué. Bueno, sí, él era una persona que se metía en el bolsillo a todo el mundo con su carácter tan zalamero, pero las cosas no son siempre lo que parecen. Luego él tenía otra cara; un genio que fue sacando con el tiempo y que a mí me fue desilusionando poco a poco hasta decidir poner punto final a lo nuestro.

Y para disgusto el que me llevé sin comerlo ni beberlo, estando allí de palique con Imanol. Seguía el chaval dándome conversación cuando escuchamos un grito en la distancia, y no precisamente de nadie en apuros en el agua.

Era la cacho bruja de Nuria, que le gritaba “¡ehhhh!” y que venía enflechada hacia aquel hombre al que, de sopetón, se le mudó la expresión por completo. La otra le enganchó por un brazo y se lo llevó casi a rastras, cual madre que acaba de echar el guante al niño a pique de hacer una buena trastada.

No contenta, antes de llevárselo de tales maneras me miró con cara de odio y me dijo: “ya hablaremos tú yo”. El temita me amargó el resto de la tarde, como es natural...

Capítulo 5



Estuve allí tumbada hasta casi la hora de entrar en mi turno de noche. Cuando regresé al apartamento, Inma no estaba por allí, con lo que no pude contarle nada de lo sucedido con la indeseable de nuestra jefa.

Me metí en la ducha y, nada más salir, sonaron unos fuertes golpes en la puerta a la par que el timbre. No tuve ninguna duda de que se trataba de la doña, pese a lo cual miré por la mirilla. Con la toalla aún alrededor del cuerpo, me eché a temblar al verla tras ella plantada, con el hocico retorcido. Abrí con más miedo que vergüenza.

—Buenas tardes, Nuria —le dije acojonada perdida.

Por supuesto, no me correspondió al saludo, pasándose por el mismísimo fandango, y pasó del tirón al ataque.

—Tú, escúchame bien porque no te lo voy a repetir dos veces, ¡¿vale?! —me dijo en tono amenazante y apuntándome a la cara con el dedo índice—. Si vuelvo a verte a menos de dos metros de mi novio, sales pitando de vuelta para tu pueblo. ¿Entendido?

Por un momento se me pasó por la cabeza replicarle, argumentando que no había sido yo sino él quien se había acercado a mí. Sin embargo, tuve que morderme la lengua y asentir con la cabeza, cosa que aquí a la susodicha no le bastó.

—¡No te he escuchado! —alzó la voz y su expresión se endureció más todavía.

—Entendido.

La hubiera estrangulado allí mismo, pero me tenía atada de pies y manos si es que quería

conservar mi recién estrenado trabajo bajo sus órdenes.

—Así me gusta. Espero que no se te olvide—lo dijo ya con un cinismo en la cara vomitivo.

Me entraron ganas de darme un chocazo contra la pared nada más quedarme sola. No me lo di, claro, pero las lágrimas empezaron a resbalar por mis acaloradas mejillas. Me senté en el sofá cabizbaja, con las manos en la frente y los codos apoyados en los muslos.

Aquello era una injusticia total, pero tenía que tragármela. Me sentía abochornada a más no poder, y pensando que tal vez el numerito me hubiera sido más llevadero de estar presente mi compañera de apartamento, esta apareció por la puerta. Venía acelerada, pero al verme de esa guisa vino volando hacia mí.

—¿Estás bien, Kayra? Oye, estás llorando. ¿Se puede saber qué leches te pasa?

—Que no sé si voy a poder aguantar todo esto, niña —le respondí entre sollozos.

—Ah, bueno. No te preocupes, que es normal. Ya sé que el trabajo aquí es muy pesado, pero...

—No es eso —la interrumpí.

—¿Entonces? ¿A qué viene esa congoja?

—Es por Nuria, Inma, es por esa malnacida.

—Escúchame, te digo lo mismo, yo al principio también lo llevaba mal, pero mira ahora.

—No, niña, es que tú no sabes lo que me ha pasado esta tarde con ella.

A Inma se le ensombreció el rostro.

—Como no me lo cuentes, no.

—Pues nada, que estaba tan tranquila tomando el sol y de repente Imanol se me acercó y se puso a

hablarme.

—Buenooooo, ya la hemos liado, entonces.

—La hemos, no. Me la ha liado —cogí un kleenex y me soné la nariz.

—Cuéntame, anda, aunque ya me imagino el resto, pero vete vistiendo, venga, que tenemos que irnos ya en nada.

Le conté el expolio que me había armado nuestra querida jefita en la puerta, pero a Inma no le extrañó ni un pelo.

—Es una hija de su madre, pero ya ves, no ha tenido co... de armártelo delante de la gente. Sabe más la tía que los ratones colorados.

—Lo que más me jode de todo esto, Inma, es que yo no estaba haciendo nada malo.

—Ya, hija, si lo sé. Lo que pasa es que esta desquiciada se huele los peligros a mil kilómetros de distancia como los perros y le entra la sinusera por el cuerpo. Es que tú no sabes lo que pasa ahí.

—Inma, escúchame, sí lo sé. Me enteré por Jaime y Lucía ayer por la mañana.

—Vaya. Ya veo que habéis empezado fuerte la amistad. Bueno, pues eso, supongo que ya entiendes mejor que le entren esos ataques de ira.

La verdad es que no. Trataba de ponerme en el pellejo de mi jefa y llegué a la conclusión de que aquella tipa debía tener un complejo de inferioridad tremendo. Hasta donde yo sabía, Imanol aún no le había hecho ninguna trastada, ya fuese porque le tuviera pillado por los cataplines o porque, en el fondo, a pesar de todo, la quisiera. Por tanto, no le veía mucho sentido a la bronca que me había montado sin más.

—Mira, olvídate del asunto y no le des más vueltas —me pidió agarrando ya su bolso para salir. Trata de mantenerte lo más lejos posible de él, y asunto resuelto.

—Manda narices que una tenga que estar como una delincuente con una orden de alejamiento.

—Te entiendo, pero eso es lo que hay si no quieres tener más problema con la hueso esta.

Eso era lo que había, sí señor. Y esta que está aquí pensaba tomárselo muy a pecho, aunque eso supusiera tener que renunciar a la piscina sí o sí y a tomar el solecito allí afuera.

—Lo único que espero —le dije para terminar la conversación sobre el dichoso temita—es que Imanol no tenga tampoco la “feliz idea” de volver a acercárseme.

—Descuida, que no creo que le queden ganas de esta hecha. Supongo que a este también le habrá armado una buena escenita.

Todo era posible, en vista de las maneras con que lo agarró del brazo y tiró de él. Qué vergüenza, virgen santa.

Para nuestra sorpresa, cuando aparecimos por la cocina, Jero no estaba, cosa que a Inma le extrañó sobremanera porque aquel discreto chavalito de ojos tristes era siempre el primero en llegar, según me dijo más tarde. Guadalupe ya andaba con el gorro y el delantal puesto, preparando unas ensaladas.

—Ha venido Nuria por aquí para decirme que le ha llamado diciéndole que estaba con una gastroenteritis horrorosa y que no se podía mover del retrete —nos informó la mujer.

Lo del retrete me hizo gracia. No sé, parece que son palabras en desuso. Mi abuela, que en paz descansa, también la utilizaba a menudo. Esa y otras como alcoba o aparador. Qué graciosa. Hacía un año que había muerto y nadie sabe lo que por aquel entonces y todavía, a día de hoy, la sigo echando de menos. Ella era mi gran pañuelo de lágrimas y mi mayor confidente, más aún que mi propia madre, y es que mi abuela, a pesar de su edad, tenía una mentalidad muy abierta.

—Yo tenía que haber nacido por lo menos un par de décadas más tarde, cariño mío—solía decirme.

Eso era cierto. Era para haberla visto cómo manejaba su móvil y cualquier aplicación, como cualquier joven de los de ahora. Disfrutaba como un cochino en un charco con su teléfono. Hasta

face y cuenta en Instagram tenía.

Retomando mi relato, que ya me he vuelto a desviar; con uno menos en la plantilla aquella noche, tendríamos que ponernos bien las pilas.

—Al lío —Inma lo dijo dando unas animosas palmaditas— que la cena de hoy nos la ventilamos entre las tres en un pis pas.

—Veremos a ver —suspiró Guadalupe. Y yo también, puesto que esa frase no pudo recordarme ya más a mi abuela Rosario. Era tan típica de ella que me pareció que su fantasma se nos había colado allí en mitad de la cocina.

No llevaríamos ni siquiera una hora cuando entró por la puerta del restaurante un grupo bastante grande de gente, como de ocho o diez personas.

—Ahora sí que vamos bien —soltó Inma—. Mira, Guadalupe.

La mujer se agachó ligeramente y asomó también un poco la cabeza por la ventana que daba al salón principal del restaurante.

—Ya estamos al completo. Don Vicente y todas sus castas.

Me hizo gracia eso de sus castas. Aquella mujer también tenía sus puntillos de vez en cuando.

—¿Qué pasa con él? ¿Quién es? —lancé las preguntas al aire, esperando que me respondiese cualquiera de las dos. Estaba claro que por allí había tomate.

—¿Que quién es? —Inma fue la primera en pronunciarse—. El tío más ciezo que te puedas imaginar, ya lo verás.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotras? A fin de cuentas, son las camareras las que tendrán que capotearle, ¿no?

—Sí, sí, a ver cuántos platos que salgan de aquí nos llegan de vuelta. Cuando no es porque el

arroz le parece que está pasado es porque resulta que el pescado está muy seco, ya lo verás. Esperemos que no dé mucho por culo hoy—Guadalupe ya se había soltado de la lengua.

Poco después, entraron otros dos grandes grupos de comensales, nuevos por allí, al parecer. Yo, que llevaba medio telediario en aquella urbanización, todavía no conocía bien a la gente, pero mis compañeras conocían a todo Cristo por allí.

—Hoy no salimos de aquí ni a las dos de la mañana, al paso que vamos —Inma se lamentaba, atendiendo tan nerviosa como nosotras dos a las comandas que íbamos recibiendo.

Con tanta prisa que, al ir a poner sobre el mostrador un besugo al horno listo ya para ser servido, se me resbaló el plato y se hizo pedazos contra el suelo, armando un buen estruendo y una pringochera que no veas.

—¡Ay, Dios! ¡Lo que me faltaba hoy! —exclamé llevándome las manos a la cabeza.

—Sí, hija, ya sabes que cuanto más prisa se tenga, peor. Pero no te agobies, pega un barrido como puedas, que voy metiéndote otro al horno —Inma trataba de calmarme.

La queja del tal Vicente, que nos llegó a través de una de las camareras, no se hizo esperar. Tenía que ser aquel besugo precisamente para él, manda pelotitas. Para rematar, poco después pegué un resbalón con los restos de aceite del suelo y di un buen culetazo. Me acuerdo de que pasé el resto de la noche echándome mano a la rabadilla (otra palabreja que usaba mucho mi difunta abuela).

Encima, después de todo, tenía que dar gracias de que nuestra divina jefita no hubiera asomado el pescuezo por allí en esas horas. Solo hubiese faltado ya que me pitara el penalti a cuenta de lo del plato roto.

—Qué apuro me ha dado con lo del besugo, por Dios —le comentaba más tarde a Inma, mientras nos tomábamos un ron con limón en la terracita de nuestro apartamento.

—Para besugo el individuo ese.

—¿El Vicente?

—Quién si no, para él era, acuérdate.

—¿Le conoces? O sea, quiero decir fuera, no como cliente del restaurante.

—Uy, hija. Tú porque acabas de llegar, pero aquí conoce todo el mundo al bigotes ese.

—El bigotes... qué arte tienes.

—Así le llamamos. Tú fijate que parece el tío el Emiliano Zapata.

Me eché a reír. No era ninguna exageración por parte de Inma. Aquel hombre tenía un mostacho que llegaba antes que él a cualquier sitio, lo que le había llevado a cargar con aquel mote.

—Es que no te he contado todavía lo mejor, jeje —se frotó las manos maliciosamente. Parecía que el cotilleo estaba servido, señores.

—Estás tardando, hermosa.

—Ese menda estuvo liado con la madre de Nuria.

—Me estás vacilando, ¿no?

—Ni una pizca, nena. Y ahí fue también la mismísima Nuria la que los puso más tiesos que una vela a los dos cuando se dio cuenta del percal.

—Me parto, esto es todo tan surrealista...

—Y eso que todavía no sabes ni de la misa la media. No sabes tú bien cómo se las gasta el personal por aquí.

—Ay, pero dime, ¿qué es lo que pasó con esos dos? Sigue contándome, anda —le pedí intrigada.

—Verás, el Vicente este es viudo, pero la madre de la jefa tiene a su marido vivito y coleando todavía. Bueno, lo de lo coleando habría que verlo, que con la edad que tiene no sé yo qué decirte

—hizo una mueca maliciosa y yo solté una carcajada —. El caso es que Nuria, que es más larga que un día sin pan, se coscó del rollito que se traían entre manos y tuvo el valor de amenazarla con abrirle los ojos al padre si seguía con el tonto.

—¿A la madre? La leche que le dieron.

—Como te lo cuento, mira si es cojonuda y si tiene valor la tía, por eso no te extrañe que puedan rodar cabezas a cuenta de lo de su Imanol.

—Termina de contarme lo de esos dos, anda, porfi. ¡Me parto! ¡Qué fuerteee!

—Fuerte es que Amparo, la madre, se enmendó en ese sentido, pero el otro no paraba de buscarla, poniéndola en el compromiso.

—Ya tiene huevos también el Vicente, ya.

—No lo sabes tú bien, al punto de que su Amparito debió temer en algún momento dado por su matrimonio y convenció al cornudo de su Pepe de poner a la venta la casa y marcharse al pueblo.

—Ea, y así sin más que allá se fue con su Pepe.

—Tal cual, pero date cuenta que el hombre acababa de jubilarse, de modo que eso tampoco le suponía mucho trastorno. Eso sí, al final no vendieron la casa. Mira, está allí —me señaló con el dedo un punto determinado—. ¿Ves aquella terracita con el parasol blanco?

Miré hacia donde apuntaba.

—No fastidies. No creí que vivieran en esta urbanización.

—Sí, mujer. De lo contrario, ella lo habría tenido más fácil. Vicente vive justo atrás, en los apartamentos que dan a la espalda. Tú imagínate la papeleta; el bigote corriendo detrás de ella por todas las esquinas.

Por un momento me imaginé la situación. Vaya pastel, sí.

—Entonces ¿qué hicieron con la casa? La alquilaron, ¿no?, porque parece que ahí hay gente.

—Pues sí, pero eso es como el coño de la Bernarda. La alquilan por temporadas y eso es un continuo ir y venir de gente nueva. Ah, y cuando les parece se pasan por aquí un puentecito de tarde en tarde.

—¿Todavía le quedan ganas?

—Sí, mujer. Y lo que haga falta. No, ahora en serio ya. Eso pasó hace bastante tiempo y se conoce que el otro pasa ya olímpicamente de ella. Me refiero al bigotes. Ahora anda tirándole los tejos a Clara, una chavala que debe tener por lo menos veinte o veinticinco años menos que él y que vive en la casa justo al lado. La compadezco.

—Mamma mía. Aquí hay para hacer una película de Almodóvar.

Con esas palabras mías, Inma se echó a reír.

—No te creas que has dicho ninguna tontería, guapa, que la Rossy de Palma también se deja caer por aquí cuando se le antoja. Esa tiene un apartamento justo en la entrada.

Casi me meo encima de la risa. Era lo que me faltaba por oír. En fin, con no verle el careto a la tal Amparo me conformaba, y es que, según me contó también Inma, si la hija era una bruja, la madre era peor todavía. Y más vieja, así que no quería ni imaginármela.

Capítulo 6



Me juré y me rejuré que a partir de aquel día no iba a tener ningún percance más con Nuria a cuenta del guapo de su novio. Lo de guapo, como es natural, no lo digo con ningún retintín, puesto que el chaval era para verlo; un auténtico muñeco de carne y hueso. Podía ser que la doña me armara alguna tangana por cualquier otra cosa relacionada con el trabajo, pero con esa, desde luego, no.

Con las cosas así, no tuve agallas en los días posteriores de salir a disfrutar de mis horas libres en el césped o la piscina, como hacía el resto de la gente. Sin embargo, todo tiene solución.

—¿Por qué no te vas mañana que libras a la piscina del pueblo? —me preguntó una tarde Inma, viéndome tirada en la cama a la hora de la sobremesa, más aburrida que el copón.

—¿A la piscina del pueblo? No tenía ni idea de que hubiera ninguna por aquí.

—Hay muchas cosas que no conoces aún, me da a mí, pero bueno, tiempo al tiempo.

—La pena es que no podamos ir juntas.

—Ya, hija, esto de que libremos en días distintos es lo que tiene. De todas formas, tú ya vas conociendo gente poquito a poco. Dale un toque a Jaime, a ver si tienes suerte y puede acompañarte.

—Deja, ya veré qué hago.

Jaime era un buen chaval, hasta ahí de acuerdo, pero no quería darle pie a que pensase que tenía algún interés en especial en su persona, porque no lo sentía así.

—Por cierto, Inma, ¿dónde dices que queda la piscina municipal?

—Casi a la salida del pueblo. Pasado el centro de educación para mayores, ¿sabes dónde te digo?

Negué con la cabeza.

—Ni idea, hija.

Pero que ni idea. Todavía no había tirado hacia aquella zona en el tiempo que llevaba allí. En realidad, poco me había movido de la urbanización, salvo para ir a hacer compra. Con decir que aún no había tenido que echarle gasolina a mi coche, ya doy una idea más clara de la situación.

A propósito de coche; tampoco es que hiciera mucha falta por allí. Dada la pequeñez de aquella población valenciana, podías ir a todos lados a patita.

—No te preocupes. Coges la carretera y sigues recta para adelante. No tiene ninguna pérdida, a mano derecha te vas a encontrar con el centro este que te digo para adultos, que es una casita pintada por fuera de color como albero y, a continuación, verás la piscina.

—Genial. Supongo que tendrá aparcamiento.

—Anda, mujer, no te merece la pena mover el coche. En un cuarto de hora o menos te plantas allí. Bueno, tú haz lo que quieras.

Eso hice, cómo no. A la mañana siguiente, a eso de las doce, agarré mi capazo de flecos y allá que me fui con mi Fiat. Quedaban unos minutos para que abriesen las puertas al público y la gente ya esperaba haciendo cola.

Me puse al final de ella y saqué mi móvil para hacer tiempo. Llevaba varios días sin entrar en el Face. Hay que reconocer que la mayoría de los mortales tenemos una buena distracción ahora con esto de las redes sociales.

Me hace gracia esa gente que las critica y que luego están ahí en primera línea, tal vez no subiendo fotos ni compartiendo memes, pero basta que una haga una publicación para que ya estén poniéndote el consabido “Me gusta”; un cumplido, en muchas ocasiones. Y una corroboración

total de lo que digo, o sea, que estamos casi todos pendientes de la vida de los demás.

Acababan de abrir la taquilla cuando alguien se me acercó por detrás, alguien que venía con un par de niños que no paraban de protestar y de pelearse a grito pelado.

—¡Os queréis callar de una vez! —les chilló una mujer. Ni puñetero caso. Los niños siguieron liándola parda.

Movida por la curiosidad, me giré para mirarlos y me encontré frente a frente con la mirada de ella. Al verla así de golpe, su cara me sonó. De esas veces que te topas con alguien y te resulta familiar, pero no caí en la cuenta de quién se trataba hasta que la muchacha, que también me miraba fijamente, me habló.

—Perdona, ¿tú eres Kyara? —Otra que me llamaba como le salía de ahí abajo.

—Kayra —rectifiqué—. Nos conocemos, ¿verdad?

—Claro, ¿no te acuerdas de mí? Soy Lourdes, la prima de Julián.

—¡Ay, Dios! Perdóname, es que no te he reconocido con el pelo así.

—Ya. Y por las gafas, que antes no las llevaba. ¿Qué haces tú aquí?

Eso mismo me preguntaba yo, pero no por mí, sino por ella. Qué se le habría perdido a esa familia por allí, donde Cristo dio las tres voces y nadie lo escuchó. Tampoco era tan raro que no la reconociese, y no lo digo solo por su cambio radical de look. De llevar una melena cortita de pelo rubio natural, había pasado a ser la mismísima Cleopatra en persona, con el pelo más negro que un tizón y un flequillo recto que, para mi gusto, le sentaba como el culo porque se le comía toda la cara, que de por sí la tenía pequeña. Las gafas, de gruesa montura de pasta, era lo que le faltaba ya. Camuflaje perfecto, vamos.

Con Lourdes había coincidido yo en contadas ocasiones durante mi noviazgo con su primo. Juraría que me sobran dedos de la mano para sumarlas, además, hacía muchísimo tiempo de la última vez. Había sido en un aniversario de los padres de Julián que quisieron celebrar por todo lo alto, reuniendo a toda la familia en una cena en uno de los mejores restaurantes de nuestro pueblo.

—Ahora trabajo aquí como cocinera. ¿Y vosotros? Me dio palo preguntarle por el marido, que no la acompañaba en esa ocasión.

—¡No me digas! Qué cosas, chica, pues mira, nosotros también vivimos aquí desde hace cerca de ocho meses.

Para jiñarse ya. ¿Tan chico era el mundo como dicen? Estaba claro que sí. Mientras avanzaba la cola para pasar por taquilla, Lourdes me puso al corriente de todo. Mejor dicho, de su vida. Se había separado de Alberto, su marido, y se había trasladado con los niños allí, donde, según me contó también, vivían sus padres.

Pues nada, que por ella me enteré también (a Lourdes eso del correveidile se le da de miedo) de que mi ex, con el que se llevaba muy bien y mantenía el contacto, acababa de conocer a una chica y que andaba por ahí feliz de la vida.

“¡Y yooo que me alegro!”, como diría el AuronPlay, ese cachondísimo youtuber con el que tanto me río.

Dadas las circunstancias, no me quedó más remedio que aguantarla hasta que mi cabeza dijo basta, y es que, no contenta con pegárseme como una lapa ya allí dentro, no paró en todo el tiempo de hablar y hablar y hablar de Pelé, Melé, el gato y el de más allá.

Yo, que había ido con la intención de estar a mi bola tan tranquilita leyendo mi novela, no solo tuve que comérmela a ella. También me tocó soportar a los niños; dos renacuajos de corta edad que no pararon de incordiarse y chillar alrededor de nosotras hasta que me disculpé con que estaba cansada y tenía que volver y me quité de en medio. Allí se quedaron los tres.

Por supuesto, tuve que darle mi número de móvil y agendarme el suyo, con la cosa de que ya nos hablaríamos y quedaríamos. Si lo sé, no vengo, pensé yo también. Es tontería, tarde o temprano, viviendo en el mismo pueblo, me la hubiese encontrado, aunque hubiera preferido que el momento se demorase todo lo posible.

Digo esto porque Lourdes no era precisamente el santo de mi devoción. No es que tuviese nada en particular contra ella, pero, ¿cómo decirlo? Es de esas personas con las que no encajas desde el

principio y sanseacabó. Tanto aires que se daba por entonces de que si su súper chalet y esto y lo otro y al final, pues eso, viviendo en casita con la madre. Vueltas que da la vida. No obstante, a mí esa prima de Julián no terminaba de caerme bien.

Hablando de caídas, mira quién fue hablar. Lo que vino más tarde sí que fue ya de traca de feria totalmente. Ahora me río, pero el asunto no tuvo ninguna gracia.

Como digo, salí de aquella piscina, que por cierto, no valía un pimiento pero sí diez eurazos entrar en ella, con la cabeza a punto de estallarme entre la una y los otros. Supongo que eso, unido al abuso que hice aquel día del sol, (encima, olvidé llevarme mi pame) debió influir bastante en que empezase a encontrarme mal en cuanto me monté en mi coche.

Para colmo de los colmos, mi pequeño “pastelito” de color rosa, con el calor reconcentrado dentro, era como un horno a trescientos grados, con lo que tuve que abrir todas las ventanillas para que se fuese refrescando un poco mientras el aire acondicionado empezaba a hacer su efecto.

Justo entonces me llamó Inma. Qué oportuna, vaya.

—¿Sigues en la piscina, niña?

—Acabo de salir, ya voy para allá. ¿Pasa algo?

—No, bueno, que han dejado aquí algo para ti.

—¿Para mí? ¿Qué? ¿Quién?

—Por partes, hermosa. Es para ti, lo ha traído un chaval de una floristería y es una rosa roja digna de concurso, con un sobrecito bien cerrado con tu nombre.

Madre mía de mi vida y de mi corazón. No puedo decir que no tuviera ni idea de su procedencia, con lo cual me puse bastante nerviosa. ¿Habría sido capaz Imanol? Me costaba creerlo, pero no se me ocurría ninguna otra persona a la que atribuirle tan romántico detalle. Lo que me faltaba ya para el canto del duro.

Pero no, lo que me faltaba ya, que sí que fue bien gorda, estaba por llegarme antes de poder

contemplar aquella rosa tan bonita, por la descripción de Inma.

Cuando aparecí por la urbanización, sus habitantes seguían tan a gusto en sus respectivas toallas y tumbonas. Para dirigirme a mi apartamento, creo haberlo dicho ya, tenía que cruzar por allí en medio, por un lateral de la piscina. En una esquina, un par de crías de diez o doce años chapoteaban con los pies, sentadas en el borde. No había más gente en el agua en esos momentos.

Tampoco vi a Imanol por los alrededores, cosa que me chocó porque apenas se movía de su puesto. A decir verdad, no es solo que no le viese a él; todas las siluetas fueron desapareciendo de mi visión como a cámara lenta. Y como por arte de magia, el eco de las voces se fue apagando a la par.

Apenas recuerdo nada más. Cuando recobré el conocimiento del todo, estaba tumbada en mi cama, con el pelo chorreando y con Inma sentada a mi lado con cara de preocupación.

La mala suerte había querido que me desmayase al pasar por el borde de la piscina, cayendo al agua. No sé qué era peor, si eso o que me hubiera dado contra la piedra y me hubiese abierto la cabeza en canal. Esto puedo contarle. Lo otro, pufff, vaya usted a saber....

Capítulo 7



Ni bien ni mal podía quitarme aquel episodio de la cabeza. Y lo peor es que no existía ni una sola persona en aquella comunidad de chismosos, como la apodaba Guadalupe, que no se hubiera enterado de que estuve a punto de irme para el otro barrio.

Puede parecer exagerado, pero no lo es. De no intervenir Imanol, lo mismo aquel día, en vez de estar colocándome el mandil, me habían metido en una caja de pino.

La rosa, efectivamente, resultó ser de él. En la tarjeta que contenía el sobre, unas escuetas palabras; “Siento mucho todo lo ocurrido”. Yo también, me dije al leerlas. Como quien trata de ocultar las pruebas de un crimen, cogí la tarjetita y la preciosa rosa y las tiré a la basura.

—Estás loca —me llegó a decir Inma—. Qué culpa tendrá la rosa.

—Ni yo, pero no quiero más follones, que bastante ya. No sea que se nos cuele aquí la loca esta y terminé metiéndomela por la garganta, que es capaz y capataz.

Ya lo creo, y yo no tenía ganas ni de mirarme, esa era la realidad. Y es que, también vaya casualidad, después de llevar tantos días haciéndole un cerco como a la luna al socorrista, al final termino en sus brazos, haciéndome el boca a boca. De película norteamericana, o de serie de esas tipo “Los vigilantes de la playa” en la que todos lucían palmito, enfrascados en sus bañadores rojos.

Bien pensado, la artificial de Nuria se daba un airecito a Pamela Anderson, no había reparado yo hasta ese momento. Y esa, Nuria, era la que me daba a mí más miedo que siete viejas. Con lo clarito que me había dejado que me quería a kilómetros de distancia de su churri, y voy yo y acabo en sus férreos brazos, ¡ahí es nada!

Me había pasado toda la noche con el corazón en un puño y la buenaza de Inma hechos todos los intentos habidos y por haber para calmarme, incluido un “como sea capaz de darte la chapa también por lo sucedido, la cogemos y la desmoñamos, que ya está bien, hombre”.

Gracia tenía mi compañera de piso para dar y regalar, por lo que su compañía me estaba viniendo de perilla en unos comienzos en los que, al estrés acumulado de estrenar trabajo y a cientos de kilómetros de casa, se unía el veneno que soltaba por su bífida lengua la víbora de Nuria.

No me dio tiempo a llegar a la cocina cuando escuché el tono imperativo y cien por cien impertinente de su voz.

—Kayra, tú espérate un momento.

Eso, ni por favor ni niño muerto, que se notara quién mandaba allí.

Me volví con cara de asco, porque por mucho miedo que le tuviera, eso tampoco lo pude disimular.

—Tú dirás, Nuria—resoplé a sabiendas, por su gesto, de que no me iba a librar ni la Caridad, La del pulpo, estaba deseando darme la del pulpo.

—Pues nada, solo quería felicitarte por tu numerito de ayer.

—¿Por mi numerito? — Ganas me dieron de cogerla por las orejas y agitarla boca abajo, a ver si así había suerte y soltaba parte del veneno que llevaba dentro.

Había que tener valor con lo malita que estuve, pero ella lo tenía, qué más le daba, si le importaba lo mismo ocho que ochenta a la muy miserable.

—Sí, por tu numerito. Tiene cojones la cosa, como no has tenido valor de desafiarme y acercarte por las bravas a Imanol, te has inventado todo eso del ahogamiento para caer en sus brazos y para que te tuviera que hacer el boca a boca, ¿se puede tener menos dignidad?

Claro que se podía, y ella era el vivo ejemplo de ello, pero si le decía todo aquello que se me estaba pasando por la cabeza sobre su penosa existencia, cabía la posibilidad (o más bien era casi

seguro) de que estuviera tramitando el carné del paro al día siguiente.

—Perdona, Nuria, pero creo que te estás equivocando conmigo. —Fue lo único que acerté a decir, en un tono bastante más suave del que me hubiera gustado emplear con ella.

—No, bonita, aquí la única que se está equivocando eres tú, pero si te has creído más lista que el resto, la llevas clara. No creas que eres la primera que está deseando sacarme los ojos, antes que tú han sido muchas las que han tenido ese deseo, pero Nuria es mucha Nuria; niñatas a mí. Lo dicho, la próxima vez, si tienes ganitas de ahogarte, tiras para la playa y de mi chico te olvidas, ¿entendido? Te advierto que es el último toque que te doy, y quien avisa no es traidor.

No, ella no era traidora, solo se trataba de un reptil venenoso que había nacido para hacerle la vida imposible a todo el que tenía la desdicha de compartir trabajo con ella.

Entré en la cocina y vi que Guadalupe tenía las manos en la cabeza, mientras Jero resoplaba e Inma contenía la rabia con los puños apretados.

—Cariño, ¿cómo estás? —me preguntó aquella mujer tan afable, con ella sí que no podía haber tenido yo más suerte.

—Muy bien, no te preocupes, cielo.

—Ains, no se morderá la lengua y se envenenará la víbora esa. Cuidado con la bronca que te ha echado después del día tan malito que pasaste...

—Ya, pero no te preocupes por mí, que ya estoy bien, de verdad.

—Es que Inma y tú sois como mis niñas, hija, y este merlucillo de Jero también es como mi niño.

Guadalupe tenía un corazón que no le cabía en el pecho. Si por ella hubiera sido, le habría dado una paliza a Nuria allí mismo. Pero por desgracia era esta última la que tenía la sartén por el mango y la que nos daba la paliza mental al resto.

—*“No hay nada más lindo que la familia unida...”*—comenzó a cantar con sorna Inma y Jero le siguió. Yo hice lo mismo y los tres empezamos a bailotear también, mientras Guadalupe nos

tocaba las palmas.

El colmo de los colmos, porque cuando nos quisimos dar cuenta, Nuria había vuelto y nos estaba dirigiendo la más socarrona de las miradas desde el marco de la puerta. Fue escuchar sus palmas y saber que se nos iba a caer el pelito a todos.

—Qué tierno y qué dulce todo, nada como estar bien avenidos en el trabajo, ¿no? Ya veremos cuando empiecen a llover los despidos si bailáis tan contentitos...

—Nuria, ni siquiera estamos todavía en horario de trabajo, pues faltan dos minutos—le contestó Guadalupe mirando su reloj.

—¿Tú osas llevarme la contraria? Huy, me parece a mí que no me conoces—le contestó ella con toda la maldad concentrada en su ensiliconado cuerpo.

—Yo solo digo que, el día que nuestro trabajo no esté hecho, tendrás todo el derecho del mundo a subirte a la parra, pero que mientras cumplamos como los primeros, a lo mejor deberías dejarnos un poco de aire, ¿sabes, Nuria? No es por nada, pero nos estás asfixiando y puede que seas tú quien se lleve una sorpresa, que tanto va el cántaro a la fuente hasta que se rompe.

En ese instante se hizo un silencio sepulcral y, efectivamente, ya me vi haciendo cola delante de la oficina del INEM de mi pueblo. Corto había sido mi periplo en aquel otro.

Sin embargo y, para nuestra sorpresa, no salió ni un improperio de la miserable boca de Nuria. Bien se veía que no estaba en absoluto acostumbrada a la que le llevaran la contraria y que se vino abajo.

Sin más, giró sobre sus talones y se largó con viento fresco. Inma y Jero no tardaron en correr hasta Guadalupe para darle un abrazo, en tanto que yo le hacía de lejos un gestito de que había estado sensacional. “Rebelión en la cocina” así podía titularse aquel episodio que acabábamos de vivir.

A la hora del almuerzo, o mejor dicho de nuestro almuerzo, después de haberle llenado la barriga a la urbanización al completo, Inma y yo nos sentamos al solecito a tomarnos unos montaditos.

—¿Sabes? Hay una bomba a punto de estallar en la urbanización, se va a liar parda.

—¿Otra?

Allí no había día en que no saltara un chisme como si fuera un muelle.

—Sí, ¿sabes quién es Sonia, la chica de los Cornejo?

—Sonia, Sonia... espera que no caigo.

—Sí, mujer, esa que es más tonta que una caída de espaldas.

—Pues vaya un dato que me has dado, ¿es que acaso hay aquí alguna que no lo sea?

—Jaja, también tienes razón. Pero sí, mujer, es esa pelirroja tan cursi.

—Anda, la virgen, sí...La que el otro día me pidió un plato de bacalado, con su “d” y todo.

—La mismita.

—¿Y qué le pasa?

—Pues que lo mismo el “bacalado” era fruto de un antojo, porque está preñada, preñadísima.

—¿Qué dices? Pero ¿qué edad tiene esa cría?

—Pues en Semana Santa cumplió los dieciocho, que no veas la fiestuky que le montaron sus padres.

—Equivalente al pollo que le van a montar ahora, ¿no?

—Más o menos. Y más cuando sepan que el padre de la criatura es ni más ni menos que Esteban, el socio de la madre de Sonia.

—¿Qué dices? ¿Esteban el canoso, ese buenorro, el marido de cómo se llama la otra pamplinosa...?

—De Piluki, sí, el marido de Piluki.

—Yo me caigo muerta en la piedra. —Volteé los ojos porque aquello era, aludiendo al lugar en el que nos encontrábamos, de traca valenciana.

—Sí, lo sé de buena tinta. Les pillé hace poco haciendo manitas por la noche, cuando iba camino del apartamento. Yo es que tengo más vista que un lince, porque no te creas que no se retiran, pero a mí no se me va una silueta en la noche, te lo digo yo.

—Joder, hija, qué peligro tienes. Eres una especie con rayos láseres en las pupilas.

—No lo sabes tú muy bien.

—¿Y lo de la barriga? ¿También le has visto al niño dentro con los rayos láseres?

—Qué va, eso viene por otra vía, por la familiar. Resulta que mi prima Gema trabaja en la consulta del mejor ginecólogo del pueblo y me lo ha contado, por supuesto para que le guarde el secreto, que le puede costar un disgusto.

—Ya, ya, tú no te preocupes que sabes que soy una tumba. Joder con Esteban, será asaltacunas el tío...

—Sí, ese no tiene escrúpulos ni miramientos ninguno, aunque te advierto que la niña también se las trae, que no es la primera vez que da un escándalo en la urbanización.

—¿Qué dices? Pues vaya prenda, ¿no?

—Sí, la niña es que tiene un ojito un tanto regular para el tema de sus rollos y el año pasado se ennovió con un tal Agus, un porrero total y les dio por...

—¿Por qué?

—Pues por grabarse haciendo jueguecitos sexuales, tú sabes... Lo gordo gordísimo del tema fue que ella era menor y él ya tenía los veinte. Y el muy cabeza de alcornoque, cuando ella lo dejó tirado como a una colilla, allá que fue y puso uno de los vídeos en la red...

—¡¡¡No!!! —me llevé las manos a la cabeza porque, por muy cenutria que fuera Sonia, había que acumular mucha mala baba para hacer una cosa así.

—Sí, hija sí. Y el tal Agus, como no podía ser de otra manera, fue a parar con sus huesos en la cárcel.

—No jodas, ¿por lo del vídeo?

—Por lo del vídeo y porque se le acumuló a otras cuantas cosillas que tenía por ahí pendientes con la justicia, que no era un santo precisamente.

—Jopé, pues sí que tiene buen ojito la niña. Y ahora, lo del embarazo, va a hacer las delicias de sus padres.

—Sí, sí, esos que ya están “mírame y no me toques”, ya veremos si esto no va a ser la puntilla y salen como el rosario de la aurora esta vez.

—¿Esta vez? ¿Ya han estado a punto de salir?

—Sí guapa, el año pasado, que el padre de Sonia le puso una buena cornamenta a su mujer con Marián, una madrileña que venía todos los años de vacaciones con sus dos niños adoptados.

—Toma ya, pero este año no ha venido, ¿no?

—No ha tenido valor, porque la madre de Sonia se la tiene jurada. Es que tú no veas los líos que hay aquí, no te lo puedes imaginar...

Sí, sí que me lo imaginaba. Entre lo mucho que había llegado ya a mis oídos y toda aquella información nueva, me daba de sobra para comprobar que allí había más cuernos que en una

reunión de venados.

Madre del amor hermoso, cuando le contara todo aquello a mi madre, con lo poco amiga que era ella de todos esos líos, iba a alucinar. Ya la veía diciéndome que dónde trabajaba yo, que si en “Sodoma y Gomorra” o cosas parecidas, con la chispa que tenía aquella mujer.

Me vino sensacional reírme un poco con Inma porque yo estaba de capa caída. Entre la paliza que tenía todavía en el cuerpo por las maniobras que hizo Imanol para reanimarme, el bochorno público de ver que toda la urbanización contempló la escena y la bronca que me había echado Nuria aquella mañana, el chichi no lo tenía para farolillos precisamente.

El caso es que, en aquel pueblo, parecía haber ojos y oídos por todas partes, porque no tardé en recibir un wasap de Jaime.

“Me acabo de enterar, ¿cómo estás?”

Le agradecí su interés y le contesté que bien, que deseando olvidarme de lo ocurrido.

“¿Y si te recojo esta noche, al acabar tu turno, y nos vamos a tomar una cerveza para que me cuentes?”

Era lo último que esperaba aquel día, una invitación así. Mi primera intención fue decirle que no, pero, tras comentarlo con Inma, ella me hizo cambiar de parecer.

—Te vendría sensacional darte una vuelta por ahí, y te digo yo que Jaime es un buen tío. Esta noche te pones mona y enfilas para el pueblo.

Capítulo 8



“De acuerdo, pero no sé decirte a qué hora exacta. Aquí siempre se sabe cuándo se entra, pero nunca cuándo se va a salir”

Eso le contesté; una verdad como un puño. A Jaime no pareció importarle ni mucho ni poco, porque me respondió que me esperaría el tiempo que hiciese falta. En cuanto a Inma, que sabía el plan, casi que me echó de la cocina antes de hora.

A ver, me explico. El horario de recepción de clientes ya había terminado, con lo cual no entrarían más comandas. Tenía aún que pasar por casa para arreglarme, pues no era plan reunirme directamente con Jaime. Por mucho gorro y delantal que te pongas, al salir de la cocina de cualquier negocio de hostelería lo haces oliendo a aceite que tiras para atrás y con el cutis brillantito como si te hubiesen dado cera. Quien trabaja en esto saben bien lo que digo.

No obstante, me daba miedo abandonar mi puesto antes de lo debido, por poco tiempo que fuese, y así se lo hice saber a Inma.

—¿Y si le da por aparecer por aquí a Nuria? —le pregunté inquieta.

—Qué va, ni de coña.

Guadalupe corroboró sus palabras:

—Ya te digo yo también que no, muchacha. Sería la primera vez que la vieran mis ojos a estas horas por aquí en los años que llevo trabajando en este restaurante. Esa zángana hija de mala madre tiene que estar ya retozando en la cama con su Imanol.

Me los imaginé por un instante y la escenita me escoció, lo reconozco. En cualquier caso, por más

que me sintiese tan atraída por él, incluso ese escozor me puso la piel de gallina, como si nuestra divina jefita pudiera tener hasta la habilidad de meterse en mis pensamientos. De locos, lo sé, pero a ese punto llegaba el pavor que una le tenía a tamaña bruja.

—Anda, vete tranquila y disfruta, hija —prosiguió Guadalupe—. Ya te aseguro yo que no vas a tener ningún problema.

Pese a mis reticencias, les hice caso y me despedí de los tres hasta el día siguiente. Por si las moscas, atravesé los jardines como el caco que huye con el botín a cuestas, temerosa de que anduviese por allí afuera.

En cuanto entré en mi apartamento le escribí a Jaime avisándole de que en media hora más o menos estaría lista. “Tranquila, ya te dije que te esperaría el tiempo que fuese necesario”, me respondió de inmediato.

Eso calculé que tardaría en arreglarme. Es más fácil hacerlo en verano que en invierno, sobre todo para las mujeres. No es lo mismo tener que ponerte mil prendas encima y secarte bien el pelo antes de salir para no coger una pulmonía que hacer lo que esta que está aquí hizo aquella noche; lavarse la melena bajo el chorro de la ducha, echarse un poco de espuma en el pelo para acentuarse los rizos y plantarse el vestido. Era una monada, de lycra rosa con topitos blancos, de tirantes, cortito y entallado.

Me calcé unas manolequinas blancas (pocas veces uso tacón porque soy bastante alta), me eché mi perfume y me apliqué un poco de gloss en los labios y de rímel en las pestañas por todo maquillaje.

Sin más más ni más menos, salí pitando con mi bolsito blanco de bandolera y me reuní con Jaime, que andaba ya esperándome en la entrada de la urbanización.

—Ole. Mírala ella qué mona —me dijo mirándome de arriba abajo al verme.

—Gracias—Me limité a contestarle.

Él también venía muy mono con sus pantalones oscuros y la camisa ibicenca sin cuello arremangada por encima del codo, pero me abstuve de decírselo al objeto de que no se hiciese

pájaras mentales. Si había accedido a salir con él era por cambiar un poco de aires y relajar mi cabeza, que buena falta me hacía, punto.

—¿Dónde vamos? —le pregunté cuando vi que doblamos por la derecha de la urbanización y cogíamos cuesta abajo por una callecita.

—He pensado que al pub de Toño. Aquí no hay muchas opciones, Kayra. Ese bar y un par de ellos más que son dos cuchitriles súper pequeños y sin ningún ambiente.

—Vale, vale. Eres tú quien conoce esto.

—Sería para darme un palo en las orejas, si no. Llevo aquí toda la vida, aunque, si te digo la verdad, no me importaría irme.

—¿Y eso? —le pregunté intrigadísima, y es que no me lo hubiera imaginado.

—Esto se me queda pequeño a mí. Me encantaría poder irme a alguna ciudad grande, me da igual cual, pero las cosas no son tan fáciles.

—A tiempo estás, ¿no?, bueno, no sé tus circunstancias.

No conocía a fondo su vida, pero así *a priori* no vi ningún motivo que le atase a aquel pueblo de Valencia, obviando el hecho de que tuviese un trabajo fijo en la gasolinera; un tesoro hoy día, según está el patio. Por lo demás, Jaime era un chico soltero y sin hijos que vivía en un pequeño loft de alquiler. ¿Dónde estaba el problema? Más tarde me enteraría por su propia boca, dentro del pub de Toño.

El chico tenía un niño de tres años con una loca de aquel pueblo que, desde que cortasen, vivía consagrada a hacerle la vida imposible. Y eso que había sido ella quien le había dejado plantado a él yéndose con otro hombre, pero la tipa se arrepintió con el tiempo y quiso tomar la relación con este. Jaime, que hasta que la tal Úrsula se marchase por su propia voluntad había estado aguantándole toda clase de desprecios y malos humos por el pequeño Nicolás, le dijo que tururú y ella eso todavía no lo había digerido ni bien ni mal. Se vengaba siempre que podía a través del niño, impidiéndole la mitad de las visitas con mil excusas que no había quien se tragase. Estaba visto que en aquella población no se libraba ni Dios de una buena historia de cornamentas encima.

Poco podía imaginarme yo también lo que me encontraría nada más entrar por las puertecillas de vaivén de aquel acogedor pub. Al fondo, en la barra, estaban ni más ni menos que... ¡Nuria e Imanol!

Sentados en los taburetes tomándose una copa, a ninguno de los dos se les pasó por alto nuestra llegada, y es que estaban de lado, frente a frente, cogidos de las manitas y hablando de vaya a saber usted qué o quién. No sé lo que me entró por el cuerpo con los ojos de la una y del otro, puestos en mí. Pero tenía que actuar con naturalidad.

—Buf, qué suerte la nuestra. Puta coincidencia —me dijo Jaime, avanzando a mi lado, por lo bajini.

Nos pusimos en la punta opuesta de la barra para pedir nuestras consumiciones y, con ellas ya en la mano, nos sentamos en un sofacito junto al billar de la entrada. Nos gustase o no, desde allí podían vernos también perfectamente. En realidad, dada la forma del local, no había manera humana de colocarse en ningún otro punto para quedar a salvo de ello.

Procuré pasar de los dos y seguir a lo mío, misión harto difícil con semejante papeleta teniéndoles a los dos allí, y más teniendo en cuenta que, sobre todo ella, parecía obsesionada conmigo, al loro de todos mis movimientos. Aunque yo solo la miraba de tanto en tanto de reajo, más de una vez la sorprendí con su mirada de pécora clavada en mi persona. A Jaime, súper cariñoso conmigo en todo momento, no se le escapó mi incomodidad.

—Si quieres, nos vamos.

—Estaría bonito queuviésemos que dejar el cubata a medias. Esto es un lugar público y nadie va a echarnos de aquí.

A pesar de los pesares, yo solita me estaba viniendo arriba. No solo no nos fuimos, sino que, al acabarlos, pedimos otra ronda. Y luego otra, y una cuarta...

Admito que la compañía de Jaime me resultaba de lo más grata. Además, al día siguiente me tocaba librar, por lo que no tenía ninguna prisa en volver a casa para acostarme. Después de contarme lo suyo con su ex, me tocó el turno y le relaté con todo lujo de detalles el capítulo de la

piscina que a pique estuvo de mandarme a criar malvas con la suegra del que se inventó la famosa letrilla del tanguillo gaditano de los duros antiguos.

A Jaime se le cayeron los palos del sombrero al saber la crueldad con que me tratase al día siguiente aquella harpía que seguía sentada allá al fondo con su novio.

—Esa tía está loca.

—Elegante manera la tuya de disculparla. Lo que es, es una hija de la gran... Ufff, iba a decir una barbaridad que no me sale ni por la boca.

—Ya te conté el trasfondo de su historia con Imanol. De todas formas, yo no le entiendo a él. No, no lo entiendo, la verdad, aunque yo tampoco soy quien para hablar, que lo mío le aguanté a Úrsula también, no creas.

—En tu caso, había una razón de peso, el niño. Pero este hombre, mira, yo tampoco entiendo nada, pero con su pan se lo coman.

Eso, que con su pan se lo comiesen, que yo... también le comí los morros en un momento puntual a Jaime, cuando ya el alcohol se me empezó a subir a la cabeza más de la cuenta. No fue ese el único motivo para tal imprudencia por mi parte. Pensé que quizás, dándole a entender a la señorita que yo tenía mi propia historia sentimental, sería la única manera de que bajase la guardia conmigo y me dejase tranquila.

Sé que estuvo mal lo que hice aprovechándome del chaval, pero diré en mi defensa que no tenía la cabeza muy lúcida en esos momentos y que un beso inocente tampoco era para darle mucha importancia. Además, a él pareció encantarle, porque no solo se entregó totalmente, sino que minutos después fue él quien se me acercó y me dio un segundo beso igual de pasional, agarrándome de la mano.

Tomando la última copa, las ganas de ir al baño se me hicieron ya insoportables. Si había estado ahí aguantando y aguantando como una jabata sin mearme encima era por no tener que volver a acercarme a los otros dos, ya que los servicios estaban justo a la derecha de la barra.

—¿Me disculpas un minuto? Tengo que ir al baño—le dije levantándome del sofá y estirándome el

vestidito, que se me había subido bastante sentada.

—Claro. Tranquila, mujer. Y ya sabes, si tienes algún problema, me avisas por el *walkie talkie*— bromeó, guiñándome un ojo.

Solo me faltaría eso, otro numerito de madrugada delante de todo el mundo, pensé mientras hacía el paseillo, muy torera yo con el brazo en cabestrillo agarrando el asa de mi bolso en bandolera, pero con la cabeza gacha para no cruzarme con la mirada de aquel toro de miura.

Pues nada, señores, aun así y todo, debía estar con los cuernos de punta a esas alturas de la noche, porque la muy capulla esperó a que yo saliese del wáter para embestirme, apoyada en la encimera de los lavabos de la antesala.

Yo, que no la había escuchado entrar y no me la esperaba allí, me llevé un buen sobresalto.

—Buenas, Nuria —le dije de mala gana, pero con toda la corrección del mundo.

—Y tan buenas, ¿no? —me soltó por ese asqueroso agujero que tenía por boca, mirándome con descaro mis muslos al aire libre.

No me quedaron ganas de volver a abrir la boca, mucho menos de escupirle lo que se me cruzó por la cabeza en ese momento. Lo que se merecía, claro, porque no había que ser un lince para darse cuenta de que había entrado allí con la única intención de provocarme a saco. Lo que hice fue ignorarla por completo y dirigirme hacia la puerta de salida de aquel habitáculo poco iluminado, pero ella no estaba dispuesta a dejarme marchar tan alegremente sin, antes, soltar por la suya unas cuantas “perlitas”. Encima, tuvo la desfachatez de cogerme por el brazo.

—Mira, niña, me estás hartando ya, ¿te enteras? —Ahí ya no pude aguantar más.

—¿Puede saberse qué he hecho ahora? —le contesté de bastante mala hostia ya yo también.

—El ganso, para no variar. A ver si te crees que soy estúpida.

No sabes tú hasta qué punto, me dije para mis adentros. Me callé para ver hasta dónde era capaz de llegar.

—No te conformas con seguir a mi chico hasta aquí con tal de verle. Encima, te pones a hacer una comedia con el chico ese de la gasolinera dándoos besitos, como si yo fuera tonta. Te lo advierto, si intentabas darle celos a mi novio de paso, lo llevas más claro que el agua.

Muy fuerte lo de aquella individua, lo sé, pero volví a tragarme sus majaderías y salí de allí sin decirle ni media palabra más. Bastante tenía con esa enfermedad mental. En el fondo, era digna de pena, y digo esto porque esa noche me di cuenta de que Imanol no debía sentir ni mucho ni poco por su persona.

Al pasar por delante de él, movió la cabeza hacia los lados como diciendo “ya te está dando otra vez la murga” y me sonrió con infinita ternura. Yo también le sonreí y encogí los hombros. Qué se le va a hacer, quise decirle sin palabras.

Sin palabras se quedó también Jaime cuando volví a sentarme a su lado y le conté la última papeletita.

—Me lo he imaginado cuando he visto que, según te metías en el baño, se ha echado abajo del taburete y ha ido detrás. Ya estaba yo dispuesto a intervenir si veía que tardabas mucho, pero entiéndeme, no era plan de seguirla del tirón hasta el baño de las mujeres.

—Por supuesto que no, además, esto es un problema mío con ella. Tú no tienes nada que ver.

Esa era la teoría, que no tenía nada que ver con Jaime, pero, quieras o no, ya le había metido en el ajo en mi afán de quitarme a aquella mosca cojonera de encima.

El chaval quiso acompañarme hasta la mismísima puerta de mi apartamento, cosa que no me importó, sino al revés. Agradecí su caballeroso gesto a esas horas de la madrugada, en que no quedaba ya ni un alma por la calle.

Las mujeres de hoy día estamos viviendo unos momentos muy delicados y se oye un sinfín de noticias a cada cual más espeluznantes, si bien es verdad que a la inversa también se escuchan bastantes casos. ¿Qué le está pasando a esta sociedad, Dios mío?

El “problema” vino cuando Jaime, allí ya en mi puerta, trató de despedirse de mí dándome otro

beso en los labios. Lo esquivé sutilmente desviándolos y estampándole un beso en la mejilla.

—Jaime, mira, yo... —traté de elegir cuidadosamente las palabras, echándole una mano al hombro—lo de antes ha sido un error. Me he dejado llevar, pero no quisiera que me malinterpretarse.

El chaval, viéndome apurada, le quitó importancia con su graciosa salida.

—¿Un error? —Jaime hizo un simpático gesto con los ojos—. Pues a mí me ha encantado y no me importaría repetirlo. No, ahora en serio, niña. No tienes por qué disculparte. Te entiendo, y conmigo no hay ningún problema, estate tranquila.

Suspiré un tanto aliviada y entré en casa, no sin antes estar de acuerdo con él en que podríamos tomar algo juntos en otra ocasión...

Capítulo 9



Inma estaba dormida como un tronco cuando llegué, por lo que no pude contarle sobre la marcha el último capítulo de la serie, como me hubiese gustado. Cuando me desperté (temprano, teniendo en cuenta lo tarde que me había metido en el catre), mi compañera de apartamento estaba tomándose un zumo en la terraza del salón.

En camisón y todo, salí y me senté en el otro butacón. Aquella chavala flipaba oyéndome la historia punto por punto.

La piscina de los más pequeñajos, ante nuestros ojos, estaba precintada en esos momentos y medio vacía, cosa que me pareció un poco rara. Enseguida Inma me aclaró aquel asunto.

—Una vez al mes, más o menos, la limpian bien a fondo. La vacían entera y la vuelven a llenar. Qué risa, me acuerdo de que el año pasado un crío muy chiquitajo se cagó dentro. Tenías que ver el mojoncete flotando y a las madres sacando a la carrera al resto de los pitufos del agua antes de que le echaran el guante. Ya sabes cómo son los niños, que te la lían en un segundo. Por cierto, hablando del rey de Roma, mira quién viene por ahí.

Me incliné sobre la barandilla y vi llegar a Imanol con unas garrafas y varios aparejos más. Como si me hubiese olido a distancia, en ese preciso instante levantó la cabeza y me saludó agitando la mano en el aire.

—¡Buenos días! —gritó, no contento con el saludo de la mano.

Por no atreverme, no me atreví a abrir la boca, porque por allí parecía como que las paredes oyesen. Es más, agradecí, por lo mismo que no incluyera mi nombre en sus buenos días. Eché un rápido vistazo alrededor y, comprobado que no había moros en la costa, levanté la mano yo también, correspondiéndole así a su saludo.

Era un deleite para los ojos verle trajinando por allí.

—Es que está tela de bueno el tío, eh —soltó Inma.

—Ya lo creo. Lástima que esté tan desaprovechado.

—Bueno, eso de desaprovechado no lo creo. Dudo yo mucho que la harpía esta no le dé todas las noches candela poniéndolo en todas las posturas.

Fijo que sí, pero a mí, imaginándoles, se me revolvió el estómago, ese que tenía un poco tocado todavía por los copazos que le había metido aquella noche. Mi compañera, que tonta no era y ya a esas alturas debía estar dándose cuenta de cuánto me gustaba Imanol, dio un giro radical a la conversación.

—¿Qué piensas hacer?

—Ahora que lo preguntas, pues... ni puñetera idea. ¿Alguna sugerencia?

—¿Por qué no llamas a la prima esa de tu ex y te vas con ella a la piscina?

—¿A Lourdes? Ni borracha, vamos. Lo único que me falta hoy es eso, aguantarle todas sus historietas. Quitá, quita, que esa mujer me pone la perola como un bombo, y los niños, ni te cuento ya. Son insoportables, ese par de enanos están muy mal educados.

—No sé, hija, pues tú veras. Como no quieras irte al cine esta tarde, ya ves que en este pueblo tampoco hay muchas opciones de ocio que digamos.

—Bueno, ya veré qué hago con el día.

—Muy bien, yo me tengo que ir vistiendo ya. A ver qué maratón de gente viene hoy también.

—Ánimo, compañera—le dije cariñosamente—, que ya mañana te toca librar a ti.

—Sí, falta me hace. Con este calorazo se lleva fatal el curro. Todavía en invierno tiene un pase.

Cierto que hacía un calor mortal por aquellos días.

Mientras Inma se vestía, yo, sin desayunar ni nada, me duché y salí del apartamento apenas cinco o diez minutos después que ella, con intención de patear un poco por el pueblo y tomarme un cafelito en algún bar que no fuese aquel en que trabajaba Lucía. Me apetecía ir más a mi rollo.

Pero fue abrir la puerta de casa y encontrarme con Imanol, con una garrafa vacía en la mano, a tres metros. Me asusté, aunque el guapísimo novio de la innombrable me tranquilizó enseguida, intuyendo mis temores...

—Hoy no anda por aquí. Ha ido a Valencia a comprar un regalo para una amiga y a comer con unos primos. Me ha dicho que no volverá hasta la noche, que quizás incluso se quede a cenar con ellos—terminó la frase con una de sus preciosas sonrisas.

Sin acercarme demasiado, le recordé que tenía que andarme con ojo con ella porque le había entrado la perra conmigo, por si acaso se le estaba olvidando aquí al muchacho.

—Lo sé, pero no es solo contigo, ella es capaz de emprenderla con cualquiera que no tenga rabo entre las piernas.

Se me escapó una risilla con aquello, y él, confiado sabiéndola lejos, avanzó unos pasos hacia mí.

—Supongo que anoche te diría algo en el servicio del pub de Toño.

—Sí, cómo no. Allí también me cayó otro chaparroncillo por lo alto, pero no quise darle carrete. Ganas de engancharla por los pelos no me faltaron, pero me tuve que callar la boquita y salir pitando por lo que te imaginarás.

—Con esta mujer no hay quien pueda, pero no le hagas mucho caso. De veras que lo siento, Kayra —pronunció ya mi nombre, y de una manera especial, al igual que me miró a los ojos.

Era fácil decir eso de que no le hiciese caso. Y no era el único que me lo pedía, que ya me habían dicho esas mismas palabras hasta entonces más de una vez tanto Inma como Guadalupe.

Empezaba a cansarme la dichosa frasecita, y es que había que ponerse en mi pellejo. La tía me tenía bien pillada. El único que no se pronunciaba al respecto era Jero. Ese parecía estar en su mundo y solo reaccionaba cuando le tocaba a él algún toque de atención por parte de la jefa, por cosas relacionadas con el curro.

—¿Estás saliendo con el chico de la gasolinera?

La pregunta de Imanol a continuación supuso una sorpresa absoluta para mí y así, de sopetón, no supe qué contestar. No me daba la gana hacerle pasar por un noviete mío ni nada por el estilo. Por otro lado, tampoco quería dar una mala imagen de mí negándolo todo, sabiendo que me había visto besándome con él.

—No exactamente —terminé respondiéndole—. Después de lo de mi desmayo, sabía que yo andaba un poco mal y se ofreció a invitarme a una copa para charlar un rato. Y bueno, tuvimos ahí un ligero tonteílllo y acabamos dándonos un par de besos, nada más. Pero no creo que vuelva a salir con él así de noche a solas. Tengo una bonita amistad con Jaime y no quiero estropearla de ningún modo.

No le estaba mintiendo ni un ápice. Ese chaval me caía de maravilla y bien merecía la pena conservar su amistad, que una andaba aún bastante escasa de amistades por aquel entonces. Lo ocurrido entre nosotros había sido por lo que había sido, y ya está. Para eso me había encargado de dejarle con mucho tacto las cosas claras en nuestra despedida.

Imanol escuchó mi explicación, pero no comentó nada.

—Bueno, chico, me marcho, que quiero darme una vueltecilla por ahí. Lo mismo voy luego al cine, a última hora.

—Me parece muy bien. Por cierto, ¿te has puesto protección solar? —volvió a sonreírme y yo le puse unos graciosos morritos.

—Quédate tranquilo tú también, anda, que ya me he quedado con el cante.

Me despedí de aquel macizorro y salí de la urbanización. Después de desayunar en una cafetería

entré en una tiendecita de ropa y me compré una blusa blanca que me encantó al verla en el escaparate.

Volví a casa a la hora de comer, cuando Inma todavía debía seguir como las locas en la cocina, dándole a los mondadores y acudiendo a los cacharros puestos al fuego. A esas horas de mediodía no tenía sentido tirar para ningún lado, salvo que quisieras achicharrarte vivo el pellejo con la solana.

Antes de regresar al apartamento había pasado por la puerta del cine para ver los horarios y qué tenían en cartelera. Decidí que acudiría a la sesión de las nueve de la noche para ver una peli de suspense a la que, por aquellos días, estaban dando mucho bombo por todas partes.

Tumbada en la cama a la hora de la sobremesa, no dejaba de pensar en Imanol. ¿Cómo podía aguantar a semejante novia, por mucha silicona que tuviera por aquí y por allá para realzar ciertas partes de su cuerpo? Como diría mi madre, a esa, por no aguantarla se daba dinero.

Lo que estaba claro es que el guapo socorrista también había puesto sus ojos en mí. Ese encuentro al salir de casa por la mañana no era casual. Él, que llevaba su tiempo en pijolandia, sabía perfectamente nuestros horarios de entrada en el restaurante. Lo de la salida era otro cantar, por aquello de que nunca podíamos hacerlo a la misma hora.

Posiblemente, calculándose que estaríamos a punto de coger la puerta para dirigirnos a él, se acercó por allí con disimulo. Con lo que no contaba era con que saliese Inma sola de allí. Lo de que yo librarse ese día debía ser lo que no entraba en sus planes. Eso era ya más engorroso de calcular, puesto que ninguno de nosotros teníamos un día fijo de libranza, sino que rotábamos.

Si una semana librabas el lunes, la siguiente el martes, y así sucesivamente. No obstante, eso tampoco era una regla matemática. Los turnos podían trastocarse si alguien faltaba un día por la razón que fuese (que tenía que ser de fuerza mayor, pues aparente era la otra para quitarte de en medio, así como así). Si se preveía mucha faena por ser sábado o domingo, había que suplir a quien fuera, te gustara o no. Ello suponía ya el adelanto de tu día libre.

Muchas vueltas le estaba dando yo a mi cabeza, queriendo meterme en la de Imanol, pero mis motivos tenía. Y más que me dio horas después...

Resulta que a eso de las ocho y media tiré hacia el cine, más mona yo que todas las cosas con mi blusa nueva y mi faldita estrecha de cuadritos. Para entonces, Imanol ya había terminado su jornada, y es que su puesto de socorrista en la urbanización terminaba a las ocho.

Llegando ya, le vi avanzando de frente por la misma acera con una barra de pan bajo el brazo. Al llegar a mi altura se paró, como no podía ser de otra forma.

—¡Hola, Kayra! —Este sí que se había quedado bien con mi nombre desde el principio—. Qué guapa vas con esa falda y esa coleta —el bombón no se cortó un pelo en soltarme el piropo—. Pareces una colegiala.

—Gracias—debí sonrojarme, porque noté el calorcillo subiéndome a la cara —. ¿Qué haces por aquí?

—He ido a por esto para la cena. Tú... al cine, ¿no?

—Sí, voy a entrar a la sesión de las nueve.

—Ya, ya me dijiste.

Él solito, aposta o no, se delató. Yo no le había dicho la hora exacta, solo que acudiría a la última sesión y se conoce que él la controlaba. Ese encuentro no había sido producto de la casualidad ni de cachondeo. El bar-tahona donde trabajaba Lucía estaba a dos pasos de la urbanización y allí siempre tenían pan recién salido del horno, daba igual la hora que fuese. Por tanto, poco o ningún sentido tenía que Imanol se hubiera desplazado hasta la panadería del fondo de esa calle del cine.

Ya no me quedó ningún atisbo de duda de que aquel hombre estaba haciendo todo lo posible por “encontrarse” conmigo. La pregunta era, ¿tenía que sentirme halagada por ello y dejar que las cosas fluyeran? Miedito me daba el tema, pero entré más contenta que unas castañuelas al cine, aunque todo aquello fuese una temeridad...

Capítulo 10



Me acomodé en mi butaca y saqué el móvil. Tenía una llamada perdida de Lourdes que no había escuchado por tenerlo en vibración. Siempre hago lo mismo en estos casos porque me da un apuro horroroso que empiece a sonar cuando estoy en la ventanilla de un banco, un almuerzo familiar o similar.

No quiero ni acordarme de la vergüenza que pasé un día en el centro de salud, dentro ya de la consulta. Le estaba contando a Carmen, mi doctora, una mujer de cierta edad ya y bastante antipática, que tenía un dolor tremendo en la garganta y mucha tos seca. En ese momento, el muy inoportuno del Juan Luis Guerra empezó a cantar a todo volumen la canción con que tenía personalizadas las llamadas: la de “El Niágara en bicicleta”. “...no me digan que los médicos se fueron, no me digan que no tienen anestesia, no me digan que el alcohol se lo bebieron...”.

Parece que la estoy viendo todavía. Me miró con una cara de asco que para qué contar. Y yo sin poder cortar la llamada porque tenía el teléfono en la mochila y la boca abierta de par en par mientras aquella andaba con la linternita y el dichoso palito inspeccionándome la garganta.

No sé si lo hizo adrede o qué, pero en mi puñetera vida he sentido más náuseas en semejantes circunstancias, porque ese día mi doctorcita no se conformó con echarme un simple vistazo como de costumbre, no. La hija de su madre, no sé cuánto tiempo estuvo ahí aplastándome la lengua por todas partes, en tanto el otro seguía tan contento con su estribillo. De milagro no le vomité por todo lo alto el zumo de tomate que me había echado en el estómago antes de acudir a la consulta. En fin...

¿Qué querría la petarda de Lourdes? No había vuelto a saber de ella desde nuestro encuentro fortuito en la piscina. Ya la llamaré mañana, me dije, y volví a guardar el móvil.

En mi hilera de butacas no había nadie, salvo una parejita en un extremo. Estaba empezando ya la

película cuando vi en la penumbra la silueta de una persona acercándoseme. Tuve que afinar bien la vista para comprobar que se trataba justamente de Imanol. ¿¿¿Era posible lo que mis ojos estaban viendo??? Ya lo creo que sí.

Ese hombre debía tener la vista mejor que un topo para haberme localizado allí dentro con tan poca luz, porque venía enflechado hacia mí. Me quedé tiesa en el butacón. A tomar por saco la peli, con lo que vendría después.

El socorrista se sentó a mi lado. Venía con un cubo de palomitas tamaño X con no sé cuántas L, y en plan vacilón.

—Toma —me ofreció el cubo—. Me puse al final de la cola y vi que no habías comprado ninguna chuche para ver la peli.

—¿Qué haces aquí, por el amor de Dios? ¿Quieres que salgamos mañana los dos en los telediarios?

—Tranquila, mujer, que no llegará la sangre al río.

No las tenía yo todas conmigo. Si la sangre no llegaba al río sería porque terminásemos estrangulados, ahorcados, envenenados o algo por el estilo que tampoco resultara tan dantesco como un apuñalamiento. De cualquier cosa la creía capaz yo a aquella obsesa.

—Estás loco, Imanol. Puede vernos alguien —le advertí en voz baja, sin atreverme siquiera a mirarle a la cara. Yo con la cabeza la mar de tiesa mirando al frente, como si conmigo no tuviese nada que ver ese personaje que acababa de sentarse a mi lado.

—¿Estoy loco? Vaya por Dios. ¿Tendrás tú algo que ver con mi locura? Piénsalo, pero no me contestes hasta después de la publicidad—el cachondo mental pronunció esas palabras ya con la cabeza al frente también.

Me quedé más calladita que en misa, tratando de asimilar lo que mis oídos acababan de escuchar. Una cosa era que supiese que él se sintiese atraído por mí y otra bien distinta que me hubiese seguido hasta el cine para declarármeme de tales maneras.

—Imanol, Nuria puede volver en cualquier momento.

—¿Tú crees?

—Parece mentira que lo dudes. Cualquiera se fía de ella.

—Todo está bajo control, mira.

El guapísimo socorrista de pijolandia se sacó el móvil del bolsillo y anduvo ahí tecleando antes de pasármelo para que leyese la conversación por wasap con la otra:

—Niño, he quedado a las diez para cenar con mi primo Raúl y Silvia en su casa.

—Perfecto, pero no bebas, ¿eh?, que luego tienes que coger el coche.

—Descuida, que ya soy bastante mayorcita para saber lo que tengo que hacer.

—Ya, mujer, no te enfades.

—No me enfado, solo que ese recordatorio sobraba.

—Está bien. Lo siento. ¿Sobre qué hora crees que llegarás?

—¿Por?

—Por esperarte viendo la tele o acostado.

—Haz lo que te parezca, supongo que llegaré hacia las doce y media o la una.

—Estupendo, disfruta con los chicos y salúdales de mi parte.

—Muy bien. Nos vemos. Chao.

—Ok. Chaito.

Máxima frialdad por ambas partes. Eso es lo que vi en aquella conversación de los dos. Le devolví el móvil y me acerqué un poco a él.

—No te creas que me fio ni un pelo de tu novia—le dije.

Imanol aprovechó la cercanía para ponerme una mano en el brazo con disimulo.

—No es la primera vez queda con sus primos. Tú no los conoces bien a esos dos. Enredan hasta a Cristo si hace falta y la última vez que Nuria se vio con ellos apareció por casa a las tres de la mañana.

—Tú sabrás lo que haces, yo solo te digo que te andes con pies de plomo si quieres que sigamos vivos los dos.

Imanol subió la mano por mi brazo y me acarició ligeramente el cuello. Esa caricia, que me puso la piel de gallina, fue el desencadenante del resto, y es que a partir de ella me olvidé del mundo. Volví la cara y le miré a los ojos, para enseguida bajar la mirada a sus labios carnosos. Ese gesto fue suficiente para hacerle entender que estaba dispuesta a recibir ese beso que se vislumbra en su boca.

Fue un beso espectacular, y reconozco que no me hubiese separado ya de aquella dulce boca durante el resto de la película, pero no podía permitirme ese lujo. Ni él ni yo. Antes de que diesen las luces al terminar, planeé, me levantaría de mi butaca y me pondría mis gafas de sol como la Martirio, aun a riesgo de darme un testarazo en la oscuridad, para cogerle la delantera y que nadie nos viese salir juntos de aquella sala.

Por supuesto, no me enteré de nada del argumento porque no presté ni la más mínima atención a la pantalla. Mis ojos estuvieron puestos en ella ya todo el tiempo, pero mi mente voló de aquí a allá y se colocó en toda clase de escenarios.

Llegué a ver a Nuria esperándole tras la puerta de su casa, con los guantes preparados y su lengua viperina escupiendo toda clase de culebras. Imaginé mil quinientas llamadas suyas al móvil de Imanol, quien lo había apagado nada más devolvérselo una. Por ver, hasta yo me vi paseando orgullosa de su mano por la orilla de un mar a cientos de kilómetros de distancia de allí. La

imaginación no tiene límites, como yo digo.

Afortunadamente, ninguno de mis peores presagios se cumplió aquella noche, por lo que comprobaría más tarde.

Y efectivamente, salí de allí a tientas, como un cuarto de hora antes de finalizar la película. En cuanto planté los pies en la calle volví a sacar mi teléfono del bolso y le hice una perdida, satisfaciendo de ese modo la petición de Imanol, que quería que le pasase mi número. Él me había dado el suyo en mitad de la película y yo lo había ido anotando manualmente dígito por dígito.

Si contenta había entrado en aquella sala, mucho más lo iba de regreso a mi apartamento. Para mi sorpresa, vi a lo lejos a Inma abriendo la puerta. Digo sorpresa porque me pareció muy temprano para que hubiesen terminado ya la faena en la cocina. Siseé a sus espaldas tratando de llamar su atención antes de que entrase y la cerrara, y apresuré el paso.

—Compi, qué prontito, ¿no?

—Sí, chica. Hoy ha estado la mar de tranquila la cosa.

—Ni por casualidad habrá asomado el careto la Nuria por allí, ¿verdad?

—No, ¿por? —preguntó inocentemente, ajena a la situación.

Hubiese sido la leche que nuestra querida jefa se hubiese plantado en el restaurante en plena cena, librando yo y con su novio desaparecido de casa. Entonces sí que cojo el coche del tirón y me planto en Albacete sin recoger ni mi ropa del apartamento.

Hacía una noche buenísima, con una temperatura ideal y un cielo despejado cubierto de estrellas, por lo que Inma y yo nos preparamos una copichuela y nos sentamos en la terraza para darle a la alpargata. Se quedó fría al enterarse de todo.

—Uyuyuy, Kayra, tú sabes que te estás metiendo en la boca del lobo, ¿verdad? —me preguntó inquieta.

—Perfectamente, eso es lo malo. Pero menuda boquita la de este lobo, niña. No te haces ni idea

de cómo besa. ¡Es para comérselo!

—Sí, sí, y todo lo que tú quieras, pero yo que tú me iba buscando ya otro trabajo.

Triste pero cierto. Era inviable tener ningún tipo de relación con Imanol en esas circunstancias. Ni siquiera de amistad. E intentar buscar otra cosa por allí, otro tanto de lo mismo. En aquel pueblo no había muchas opciones de trabajo, y menos en hostelería. Además, de poco me serviría en caso de encontrarlo. Daba por hecho que esa bruja nos haría imposible a los dos. Tendríamos que emigrar, como muy cerca, a Cuba. Lo he dicho así al azar, pero por aquellas tierras tengo parientes lejanos, aunque no sé ni siquiera sus nombres ni el parentesco exacto.

—Ah, niña —siguió Inma—, que se me olvidaba con todo esto que me estás contando. Quien sí que vino preguntando por ti fue la tal Lourdes esa.

—¿Lourdes? —flipé en colores.

—Sí, una mujer así alta con el pelo negro.

—Ya, ya, pero ¿a santo de qué vino a buscarme?

—Yo que sé, chica. Dice que te había estado llamando y que no le cogías el teléfono y que tenía que hablar contigo. Que te diera yo el recado.

—No sé qué narices querrá la petarda esta de mí, pero vamos, que me parece que ya hay que tener cara para plantarse en la mismísima cocina del restaurante buscándome de noche. Bueno, ya la llamaré mañana, a ver qué narices quiere.

—Lo que sea, pero adviértele bien advertida que no se le vuelva a ocurrir, porque, te digo, si llega a entrar por la puerta en ese momento la Nuria se os cae el pelo a las dos, a ella y a ti.

—¿Te imaginas? Lo que faltaba ya, que me armara otra pajarraca de las tuyas a cuenta de la gachí esta.

—No te quepa la menor duda de que es capaz de sacarte los ojos con un tenedor. Tu jefa —lo dijo tal cual, atribuyéndome ya a mí sola el muerto— tampoco consiente esas cosas bajo ningún

concepto. No me quiero ni acordar de la que me cayó un día al principio de trabajar aquí.

—¿Qué te pasó?

—Pues nada, que se presentó sin previo aviso por aquí mi tía Manuela, que vive en Soria y había venido a pasar una semanita de vacaciones en Valencia. Tuvo la feliz idea de llamar a mi madre y preguntarle el sitio exacto en que yo trabajaba y... eso. La casualidad de que Nuria salía de la cocina en ese momento cuando ella, tan feliz con su caftán y sus chanclas de playa, se disponía a entrar. Le preguntó a la hueso esa si era compañera mía.

—Bueno, bueno, bueno... Que ya la cagó de entrada, la pobre mujer.

—Tú figúrate, la doña rebajada a una cocinera más como nosotras. Le dijo unas cuantas palabritas, pero a mí ya ni te cuento. Entre otras cosas, que aquello no era la casa de tócame, Roque. Eso fue lo más suave que salió de su sucia boca. Yo, que llevaba aquí ni dos semanas, me eché a llorar en cuanto se largó levantando la cabeza y estirándose la falda, muy digna ella.

—Me la imagino.

—Escucha, que te cuento otra cosa. Que Guadalupe conoce también a la madre de Lourdes, según me contó nada más irse la chavala.

—¿Que sí?

—Eso me dijo. Parece ser que vive en su calle. “De tal palo tal astilla. Si la madre tiene cuentos, la niña es mucho peor todavía”, fueron sus palabras exactas.

—Ya, ya, qué me vas a contar a mí. La conozco. Pero mira, ahí la tienes, con todo su golpe de cuentos, sin dar un palo al agua y de vuelta en casa con su mamita y los niños.

—Lo sé, lo sé, y también que se ha echado un novio.

—No fastidies, pues eso sí que no lo sabía.

—Tú sabes que Guadalupe no es que sea precisamente una portera de patio, pero cuando le da por largar, también suelta lo suyo. Por lo visto, él es un concejal del ayuntamiento de Valencia que vive aquí en el pueblo.

—Muy bien, pues que le vaya bonito y se distraiga con él por ahí y no le dé por mí, porque no tengo yo muchas ganas de amistades con ella, la verdad. Pero me intriga lo de que me esté buscando para hablar conmigo y más, con lo que acabas de decirme.

—Lo de que le vaya bonito está por ver. Según Guadalupe, dicen las malas lenguas que el tío está casado, pero que va diciendo por ahí que anda con los papeles del divorcio entre manos. El asunto no está muy claro.

—La virgen. Se va una un rato al cine y vuelve sin haberse enterado ni media de la película, y resulta que en cuanto llega se encuentra con otra.

Así es la vida. Y mi propia película no había hecho más que comenzar...

Capítulo 11



En los días siguientes a lo del cine no hubo nada reseñable. Me refiero a que no hubo ningún motivo para que Nuria pudiera venirme con alguna de las suyas. Tranquilidad es ese aspecto. Sin embargo, no hubo día en que no recibiese por lo menos un wasap de un Imanol cada vez más cariñoso conmigo, aunque no pudiese ser cara a cara. Si ella supiera...

Ese hombre por el que mi corazón estaba latiendo a mayor ritmo de lo normal andaba siempre sentado junto a la piscina o dando vueltas por sus alrededores, de manera que, aunque una se guardase bien ni de saludarle en público, no podía evitar ser vista por él. Se le iban siempre los ojos detrás de mí.

El contenido de esos wasaps solía ser corto, pero las pocas palabras hacia mi persona estaban bien pensadas para que me llegasen al alma. Lo mismo yo era la cosa más bonita que había pisado por aquellos lares, que la mujer con más garbo al caminar o a quien mejor le sentaba el pelo recogido. Y la más gorda también, ya que nos ponemos, porque yo estaba que no cabía en mí con tanto piropo por parte de un hombre que valía su peso en oro.

Varias veces llegó a hacerse el encontradizo conmigo, aunque tonto no era tampoco. Lo hacía con la plena seguridad de que Nuria andaba bien lejos. Seguridad para él, pero no para esta que habla. A mí no me quitaba nadie de la cabeza que en cualquier momento podía tenderle una trampa con esas salidas de su novia a hacer la compra y demás, para intentar cazarle en un renuncio.

Una sobremesa de viernes, cuando estábamos dando los cuatro los últimos coletazos en la cocina, Nuria se plantó allí dando unas palmaditas y alzando el cuello, con esos aires de superioridad que la caracterizaban.

—Escuchadme todos. Mañana por la noche tenemos un evento. Es la puesta de largo de la hija de don Arturo y doña Dolores, así que hay que ponerse bien las pilas porque vendrán treinta personas

a cenar. En el lote viene el alcalde de Valencia también, conque mucho cuidadito, porque no quiero ni la más mínima queja de nadie. ¿Oído?

Oído cocina.

—Quédate tranquila —respondió humildemente Guadalupe por nosotros tres, que asentimos con la cabeza.

—Por cierto—se volvió hacia mí, retorciendo el hocico—, tú a ver si aprendes de una puñetera vez a trocear bien las patatas antes de freírlas, que ayer me dijo una camarera que se le había quejado un cliente de que parecían porras de gordas.

Como que me iba a librar yo de una falta en aquel partido. Sí, sí...

—Lo siento —le respondí tan solo.

—Menos sentimientos y más espabilar, que ya llevas tiempo tú en esto para semejantes meteduras de pata.

La pata se la hubiera echado yo *in situ* a su agrio careto y se lo hubiera reventado. ¿Se podía ser más perra? Y todo esto sin saber lo que se estaba cociendo a sus espaldas, como decía antes.

Cuando aparecimos por allí el sábado por la noche, la mesa para aquel grupo de señoritingos ya estaba bien dispuesta, con sus relucientes mantelerías blancas perfectamente planchadas y unos bonitos centros de mesa que la jefa solo mandaba colocar tan solo en ocasiones especiales como aquella.

Acababa de traer Casandra, la encargada de Lucía, una tarta de varios pisos que habían encargado los padres de la niña para servirla de postre. Estaba coronada por una fofucha; una muñequita de esas de goma eva, tan de moda ahora, con traje de fiesta, tacones de purpurina y diadema incluida. ¡Pa cagarse ya con tanto rollo!

La homenajeadá, una tal Ángela a quien una ya conocía de vista, entró por las puertas seguida por aquella panda de estirados, como si fuese ella la Julia Roberts atravesando la alfombra roja para recoger su Óscar, ataviada con un vestido negro de corte sirena y lentejuelas.

—Te cagas —soltó Inma al verla, asomando la cabeza por la ventanilla de la cocina.

Para mí suponía la primera cena así especial en el tiempo que llevaba en aquel restaurante. Si hubiese sabido el fin de fiesta, me hubiera partido de la risa, aunque pudo costarnos caro.

Habida cuenta del toque de atención recibido el día antes, puse más esmero que de costumbre en mis faenas. Guadalupe, Inma y Jero también se estaban luciendo de lo lindo con las presentaciones de todos los platos que iban saliendo de la cocina.

Todo iba divinamente hasta llegada la hora de sacar la tarta (apenas quedaba gente ya salvo ese grupo), cuando entró en la cocina una camarera para encenderle las dieciocho velitas. En ese preciso instante, la encargada, que andaba rondando por los salones para cerciorarse de que todo marchase sobre ruedas en todo momento, bajó la intensidad de las luces y puso música de fondo; una conocidísima balada de Bonnie Tyler que a mí me chifla y que me trasladó automáticamente al comienzo de mi noviazgo con Julián.

Pero como al mejor cazador se le va la liebre, la chavala no se percató de la llegada de Alfonso, el marido de Guadalupe, que venía dando tumbos y apestando a alcohol que tiraba para atrás. Yo, que no le había visto en mi vida, no sabía de quien se trataba, aunque enseguida lo supe. Guadalupe se quedó blanca al verle avanzar hacia la cocina.

—Que me da algo, eh, que me da algo —empezó a lamentarse, llevándose la mano al pecho.

Estaba poniendo Aurori la tarta en lo alto de la mesa cuando él se nos plantó allí dentro.

—*Aaa las buena nosshe*, señores.

—Alfonso, por el amor de Dios —le dijo la mujer, descompuestita perdida—, ¿tú me quieres buscar a mí la ruina?

El tipo dejó caer una socarrona risilla y nos miró a los demás con sus ojos vidriosos y enrojecidos.

—*Ajú*, qué *exagerá* es, *maita* de mi alma. Ni hecha a encargo. La ruina dice la *gasschí* —hablaba

así porque era cordobés. Y porque no podía casi ni hablar de la cogerza que llevaba encima el tío.

Volvió la cabeza hacia Guadalupe.

—Na *ma* que vengo a *pedidte* veinte o treinta eurillos, *mujé*, que tengo ahí en la máquina dos bonos acumulaos y *ma* quedao ya sin una perra chica en el bolsillo.

—Alfonso, no tengo dinero aquí, hazme el favor de coger la puerta y marcharte sin que nadie te vea o me vas a buscar un follón.

Como para salir con disimulo, estaba el tipo, pensé. Casi ni se tenía en pie.

—Amos, no me jodas, ten tú *mujé pa* esto. ¿Ustedes tampoco *tenei ná pa* dejarme? Que yo vengo ahora en una *miajita* y os lo devuelvo —nos preguntó a Jero y a mí.

Sin tiempo de contestarle ninguno de los dos, la desdichada Guadalupe, que estaba nerviosísima, lo cogió del brazo. De pena el espectáculo.

—Alfonso, por lo que más quieras, ¡eh!, ¡vete ahora mismo de aquí! —le pidió alzando ya la voz.

—Bueno, bueno, leona, no te ponga así, que te gusta *má* una bronca que a un gallo de pelea —le dijo encima a la pobre mujer.

No contento, salió y se fue directo para aquella pandillita feliz, que andaba haciéndose fotos con la “Julia Roberts” y la tarta con las velas encendidas, a la espera de ser devuelta a cocina para trocearla y servirla en los platos.

Ni corto ni perezoso, se puso a dar vueltas alrededor de ellos a ver si alguien le daba algo, con la palma de la mano vuelta como un pedigüeño.

—Ay, virgen del Carmen, que me va a dar un telele, que me va a dar un telele —decía la angustiada Guadalupe, sin atreverse a salir y enfrentarse con él para echarle de allí a empujones, observando el numerito desde la ventanilla como nosotros dos.

En ese momento se me ocurrió una idea. Saqué mi móvil del bolsillo y le pedí auxilio a Imanol por wasap.

—¿Podrías pasarte por el restaurante? Tenemos un problema con alguien que se nos ha colado por aquí.

Alfonso, en vista de que nadie le hacía ni puñetero caso, agarró una silla y se sentó en un extremo de la mesa.

—*Pos güeno*, ya que sois tan agarraos tos, por lo *meno* me *invitarei* a una copita, ¿no?

A esas alturas, Guadalupe ya estaba echada sobre la encimera con la mano en la frente y meneando la cabeza.

—Yo me muero, yo me muero. Deja que se entere la fiera de la otra. Hasta aquí ha llegado mi trabajo en esta cocina.

—No te angusties, mujer, que lo mismo ni se entera de nada—intentaba calmarla, sin ni siquiera yo creerme lo que decía.

Imanol llegó volando y vino del tirón para la cocina. Me miró a mí.

—¿Qué está pasando aquí, Kayra? ¿Cuál es el problema?

—Mira —lo cogí del brazo—, agáchate y mira para la mesa. Ese de la esquina es el marido de Guadalupe, está borracho como una cuba y se ha plantado ahí con toda la gente, que dice ahora que no se va hasta que le inviten a una copa. Y aquí estamos los tres acojonados sin atrevernos a salir para que no la líe más.

—Dejadme a mí.

Imanol se fue para él y le dijo algo al oído. Qué bien no se las apañaría para conseguir que el hombre se levantara de la silla sin chistar y le acompañara a la puerta.

No me enteraría hasta el día siguiente de su estrategia. Imanol me contó cómo había sido exactamente...

—Hola, amigo —le dijo.

—¿Tú quién *ere*?

—¿Yo? El padrino de la chavala, el que te va a invitar a una copita. Vente conmigo a la puerta, que vamos a fumarnos un cigarrito.

Y sin fumar, porque Imanol era uno de esos hombres deportistas que jamás había cogido un cigarrillo entre sus dedos.

—Escucha, tengo una idea mejor, claro que te voy a invitar a una copa, hombre, pero fuera de aquí —le propuso.

—¿Qué dice tú, hombre de Dios? Con lo *animao* que está el ambiente ahí dentro con su música y *to*.

—Tú hazme caso, que esta gente, mucho rollo, mucho rollo, pero al final nada.

—Ten —Imanol le puso un billete de veinte euros en la mano—. Tómatela a mi salud por ahí donde te dé la gana, que yo me voy ya para mi casa.

¡Anda que protestó! Sí, Paco. El otro agarró el billete tan contento y allá que se fue otra vez para echarlo en las tragaperras, seguramente.

—¿Y cómo te justificaste ante Nuria? Me refiero a que salieses así a la carrera de casa.

—Mira qué coincidencia. En ese momento se estaba duchando y yo estaba sentado en el sofá con el portátil, encargándome unas zapatillas de deporte. Se me ocurrió la excusa sobre la marcha. Entré en el baño y le dije que me había dejado la cartera en el coche y que me hacía falta salir un momento a cogerla porque tenía dentro la tarjeta y la necesitaba para completar el pedido.

¿Era o no era para comérselo? En un abrir y cerrar de ojos, Imanol nos había solucionado la papeleta. No quiero imaginar lo que habría podido ocurrir si no llega a ser por su intervención. Guapo, gracioso y con mucha psicología, a la vista estaba. Si llega a entrarle por las bravas al otro, fijo que se arma la tangana del siglo en el restaurante aquella noche.

Además, tuvimos suerte. Bueno, más que nosotros (Jero y yo no teníamos culpa de nada en aquel jaleo), Guadalupe y la mismísima Rosi, la encargada, porque aquel incidente no llegó nunca a oídos de la jefa.

Por la razón que fuera, ninguno de aquellos comensales había dicho ni pío. Lo mismo hasta les hizo gracia aquel desgraciado pidiendo como un vagabundo. A saber. Por lo menos, el hombre iba bien vestido y limpio.

No faltó de nada esa noche. Y cuando digo de nada, digo bien. Hasta un puñado de puros se fumaron allí dentro, a puerta cerrada, a pesar de la prohibición de fumar en los establecimientos. Se conoce que contaban con la aprobación de Nuria. ¡Qué asco de favoritismo!

Y con las copitas parecían no terminar de saciarse nunca. Tras las botellas de carísimo champán francés, no sé cuántas de ginebra y whisky cayeron. Yo no veía la hora de salir esa noche de la cocina.

Estaba como loca por que se marcharan todos con viento fresco y poder meterme en el sobre, pero no lo conseguí hasta bien pasadas las dos de la madrugada.

—¡Qué fuerte todo, niña! —Inma, tumbada ya también en su cama, recordaba lo que habíamos dejado atrás.

—Lo que yo te digo, esto es para escribir un guion de cine.

Lo era. Y el argumento de mi película seguía avanzando...

Capítulo 12



Pasada una semana yo sentía que la necesidad de Imanol de buscarme por cielo y tierra era mayor cada día. Bastaba que me moviera un momento de la cocina, a horas que él librara, para que lo tuviera pegado a mis talones.

—Te la estás jugando por lo militar y lo sabes—le comentaba yo cada vez que eso pasaba.

—Sí, lo que pasa es que no me importa arriesgarme a que la sargento me arreste, con tal de probar los labios de mi soldado preferido.

—Sí, eso estaría fenomenal si no fuera porque la sargento no te va a arrestar, sino que, como te atrinque con las manos en la masa, te va a coger por los cataplines y someter a un consejo de guerra.

—Pues anda que me lo pintas bonito.

—Si es que no te lo puedo pintar de otra manera, ¿qué quieres que te diga? Seguramente se quedaría aplaudiendo y nos dejaría tranquilitos vivir lo nuestro, creo que es en eso precisamente en lo que está pensando.

Esta conversación se repetía una y otra vez, como un disco rayado entre nosotros. Imanol cada día me daba a entender con su actitud, con su gesto y con sus palabras que se encontraba ansioso por estar conmigo. En cuanto a mí... Yo me moría por verlo aparecer, me daba la sensación de que podía oler su aliento tras de mí a kilómetros de distancia.

Comprobé en muchos momentos, incluso, que parecíamos tener telepatía. Bastaba con que pensara en él para que ya lo tuviera cerca.

—¿Tienes puesto un radar o algo parecido? —le preguntaba yo en aquellos momentos en los que entraba en el almacén y notaba su aliento deseoso en mi nuca.

—Siempre, por seguirte siempre, preciosa—me indicaba con aquella sonrisa que me daba vida.

Después, no dudaba en tomarme entre sus fuertes brazos y comenzar con aquel carrusel de besos con el que yo soñaba... dormida, pero también despierta.

—No me digas que no te gustaría ir esta noche al cine en la mejor compañía—me comentó cierto día, a sabiendas de que yo libraba.

—¿En la mejor compañía? Déjame pensar... A ver, si a esa compañía le puede costar un gran disgusto y a mí el despido, con todo el dolor de mi corazón tengo que decirte que no, que va a ser mejor que lo dejemos.

—Tranqui, que lo tengo todo controlado. La fiera lleva unos días desatada y yo le he sugerido que vaya a ver esta noche a sus primos, que con ellos se lo pasa fenomenal.

—¿Serán de su misma calaña y por eso?

—No lo dudes, entre hienas se entienden. —Su comentario socarrón le hizo pararse en seco.

—¿Qué estás pensando? —Me interesé.

—Bueno, que en ocasiones creo que debes pensar que soy un oportunista o algo parecido por estar con la jefa, cuando lo cierto es que eso poco tiene que ver con la realidad. Es que es un tema muy complicado, me gustaría explicártelo, pero aun así temo que pienses regulín de mí.

—Imanol, no temas nada. Esto es un pueblo y aquí todos hablan, sé más de lo que crees y, aunque me da una rabia de espanto, entiendo perfectamente sus motivos.

—Joder, ¿tanto habla la gente?

—Un poquito, un poquito. —Le hice el gesto así con las manos y él se echó las suyas a la cabeza.

—Pues sí que estamos apañados, como para mantener aquí mucho tiempo un secreto.

—Pues eso es lo que te digo siempre, que te la estás jugando por lo militar, chaval...

—Y eso es lo que yo te contesto siempre, que me importa un bledo, chica...

Besos y más besos. No sé todavía muy bien cómo me convenció, pero quedamos para ir al cine.

Sobra decir que no llegamos juntitos y entramos de la cintura, mientras elegíamos a dúo el menú de palomitas. Lejos de eso, hicimos la pantomima oficial del siglo. Primero llegué yo que, por cierto, parecía estar participando en un programa de esos de la policía de infiltrados en una banda o similares, porque no me conocía ni la madre que me parió.

Con mi trenza, mi gorra, mi atuendo deportivo y mis gafas de sol, pese a que era de noche, parecía ser una chica que a última hora había cambiado de planes; en vez de hacer *running* me había metido en el cine.

Cinco minutos después de mi llegada, lo hizo Imanol, provisto del mismo cubo de palomitas que la anterior vez, de esos tamaño familia numerosa. Vamos, que con hambre no nos íbamos a quedar, aunque si había algo que a mí me apetecía comerme de verdad eran esos carnosos labios que buscaban los míos una y otra vez.

Sé lo que puede parecer aquello; una locura innecesaria. Innecesaria en el sentido de que en cualquier otro lugar hubiéramos podido disfrutar más de una intimidad que estábamos deseando.

No obstante, por mucho que el cuerpo me pidiera marcha y que mi corazón me estuviera dando señas de que me estaba enamorando a pasos agigantados de Imanol, no sé si hubiera sido capaz de quedar para llegar con él mucho más lejos de lo que suponían unos besos.

Digamos, por explicarlo de alguna manera, que aquellos encuentros furtivos eran una especie de situación intermedia que me permitía disfrutar del rollito de saber que él me deseaba tanto como al contrario, pero sin llegar a más.

Si soy sincera, en la vida me había visto yo teniendo algo con una persona con pareja. Y aunque a

Imanol la suya se la traía al paio, obviamente con ella estaba. ¡Y tanto que estaba, menuda era la doña!

De la peli en cuestión no podía decir al salir ni el título, porque no vi nada de nada; entre lo mucho que me entretuvieron sus dulces besos y lo otro mucho que voló mi imaginación entre uno y otro... Por mucho que posara mi mirada en la pantalla mis ojos veían mucho más allá.

La sensación que tuve fue la de que el rato no podía pasar más rápido, eso sí. Antes de que quisiera darme cuenta la pantalla estaba llena de créditos y la gente levantándose de sus butacas.

Al Emoji triste se parecía Imanol en el momento en el que se encendieron las luces y yo salí escopeteada de la sala, dejándolo allí con dos palmos de narices. Ni de broma podía permitirme que me vieran con él, menuda sorpresa que podía ser esa para ella, y menudo despido que me iba a plantar por delante mientras a él le formaba la marimorena.

Aunque, para sorpresa, la que me llevé en el instante en el que llegué a mi apartamento y me encontré a Inma departiendo animadamente con una voz que yo conocía a la perfección.

—¿Julián? —le pregunté a mi ex al entrar.

—Hola, guapa. Espero que no te moleste que haya visto a verte así, sin más, pero es que hace ya días que sé por prima Lourdes que os habíais visto y, mira tú por dónde, también me han entrado a mí ganas de hacerte una visita.

Huy que lo veía venir. Julián era muy predecible y eso de hacerme una visita me sonó a cuerno quemado. Él era de los que, cuando quería algo, no dudaba en mover ficha. Y yo adiviné por su gesto que algo quería, desde luego que sí...

Pues no sabía él lo equivocado que estaba, porque nada más contrario a mis deseos que volver con su persona. Si tuviera idea de lo colada que yo estaba por Imanol, ni un dedo hubiera movido en ese sentido. Sin embargo, lo que tendría en mente, sobre todo después de que su prima me hubiera visto solita como la una, es que yo tenía puesto el cartel de “libre” en la frente, como los taxis lo llevan a la vista.

—Hombre, un poco sí me molesta. Y además, es que me ha cogido totalmente de improviso. Y

otra cosa te digo, aquí no te puedes quedar, estas instalaciones son únicamente para los empleados.

Hasta sudores fríos me habían entrado. Menos mal que se había presentado en el apartamento y no en la cocina en algún momento en el que estuviera por allí la harpía mayor del reino, porque de lo contrario los gritos podrían haberse escuchado hasta en Hawái.

—Mujer, por una noche, nadie se va a enterar. Si el chaval quiere, que se quede en el sofá y que se vaya por la mañana.

La sugerencia de Inma hizo que mis ojos se salieran de las órbitas. Ni de coña iba yo a aceptar eso, por lo que tuve que andarme rápida. Por mucho que la tenía en gran estima, en aquel momento me hubiera abalanzado sobre su pescuezo y hecho un poquito de fuerza hasta ponerla ligeramente amoratada.

Ella andaba ya por allí porque la noche tampoco había sido demasiado ajetreada en la cocina, a Dios gracias. Y la peli había sido bastante larga. Entre eso y que tampoco es que volviera yo volando, sino dando un tranquilo paseo, le dio tiempo a entrar en casa y a él a llegar.

—Bueno, yo tampoco quiero ser un estorbo, entiéndeme...

—No, Julián, pero es que las cosas no se hacen aquí. Aquí hay unas normas muy estrictas y lo único que me falta es salir escaldada, ¿me entiendes?

Me entendía, pero se notaba que estaba más a gusto que un cochino en un charco, por lo que le importaba un pimiento.

—Buff, no te lo está pintando muy bien. ¿Te tomas un cacharrito con nosotras y te vas? —Inma señaló al cubata que tenía en la mano y él asintió.

Cielo santo que el cubata en cuestión se me iba a hacer a mí más largo que un día sin pan. Entre lo cansada que estaba, pues salir con Imanol me ponía más tensa que el pellejo de un tambor por culpa de Nuria, y las pocas ganas que tenía de saber para qué había ido Julián a buscarme, la cosa tenía miga...

Con razón la zopenca de Lourdes quiso ponerme sobre aviso. Más me hubiera valido echarle una llamadita y enterarme por su boca de lo que pretendía su primo. En lugar de eso, metí la cabeza debajo del ala, como el avestruz, y ahora me encontraba el percal completo.

En mi vida había dado unos sorbos más largos a un cubata, con la intención de que Julián pillara la indirecta y cogiera la puerta. O más bien que la abriera, saliera y la volviera a cerrar, que la puerta la necesitábamos mi compañera y yo.

—Yo creo que ya tendrás ganas de irte, que debes estar baldado a estas horas—le sugerí sin cortapisas en cuanto hube apurado el contenido de mi vaso de tubo.

—Veo que no hay opción a réplica, pero solo me iré si me acompañas hasta el coche—me espetó.

Arsa, y como no era pesado el tío cuando se le metía algo entre ceja y ceja, pues nada, que estaba una apañada.

Accedí, de mala gana, pero lo hice. Yo de lo único que tenía ganas era de que se fuera y de acostarme. Bastante calentito tenía el coco con el tema de Imanol como para que ahora me viniera mi ex con tonterías.

Nada más salir del apartamento, me lo vi venir y, antes de que hiciera un movimiento maestro en plan pulpo, me zafé como pude.

—Quieto parao, ¿dónde se supone que vas?

Donde iba lo tenía él muy claro, directo a cogermé por la cintura.

—Mujer, que no te voy a hacer nada malo, es solo que te echo de menos y que he pensado que igual tú y yo...

—Tú y yo, nada, Julián. Lo nuestro es ya agua pasada, de esa que no mueve molinos, no le des más vueltas.

—Pero yo te noto muy cambiada, como más mujer. No sé, Kayra, tienes un brillo en los ojos que yo no te había visto nunca; un brillo que dejaría hipnotizado a cualquier hombre...

No sabía él muy bien a qué obedecía ese brillo ni yo estaba dispuesta a contárselo. Madre mía, las ganitas que yo tenía de que cogiera el pescante. A Julián terminé dándole boleteo por lo de sus malos humos y, ya podía haber sido el último hombre en el mundo, que no le hubiera hecho yo caso.

Por su parte, sin embargo, le había bastado que yo moviera ficha para pensar que pudiera volver a tener cabida en mi vida. Nada más lejos de la realidad.

Lo que ocurrió a continuación, no pude explicármelo. Solo sé que terminó con un fuerte tortazo por mi parte... Julián me soltó un besazo sin más, en todos los morros y yo me quedé fría, reaccionando como la leona de Castilla.

Si bien, para leona la que, maldita sea, se bajó en ese momento de su flamante coche y me dedicó una libidinosa sonrisita. ¿Sería posible que Nuria hubiera llegado justo en el momento clave? Pues lo era, y me había pillado con el carrito de los helados, o al menos eso era lo que ella creía. Maldije la estampa de Julián un millón de veces aquella noche... Y temí un amanecer en el que no sabía cómo reaccionaría Imanol.

Capítulo 13



Como era de esperar, a Nuria le faltó el tiempo para metérselo a Imanol por el culo. Al día siguiente, bien sabe Dios que lo eché cantidad de menos; una barbaridad.

Por más movimientos que hice, de esos que sabía que él seguía en la distancia para ir a encontrarse conmigo allá donde estuviera, no tuve la dicha de ver su bonita sonrisa por ningún lado.

La cabeza me hervía y, por la noche, no fui capaz de pegar un ojo.

Inma, que estaba al corriente de todo, me escuchaba resoplar.

—No puedes dormir, ¿no?

—Ni bien ni mal. Y eso que he contado ovejitas, cabras, mulas, burras y hasta becerras...

—Hija, si es que no puedo negarte que te estás metiendo en un berenjenal de mucho cuidado. Lo tuyo parece que va por episodios, como las series.

—Ay, niña, si yo lo único que pretendía era trabajar en la cocina y punto en boca. Y no hago más que cagarla.

—Pero vamos a ver, tampoco te hagas la víctima. ¿Tú quieres a Imanol?

—Pues claro que lo que lo quiero, a ver si te crees que lo de no poder pegar ojo es por gusto.

—Pues si lo quieres vas a tener que menear el culo y luchar por él, que las cosas no caen solitas del cielo.

—Ya, pero es que ahora se han liado más. ¿Tú sabes el cabreo que debe tener por culpa del idiota de Julián? En qué mala hora fui a encontrarme con Lourdes. Y a ella le faltó el tiempo para largar dónde estaba yo y toda la película. Más tonta y no nazco.

—Tú tranquila que esa lleva ya lo suyo encima, que a todo cerdo le llega su San Martín.

—¿Qué dices? ¿Tú te has enterado de algo?

—Sí, hace un rato, por Guadalupe, que ya sabes que conoce a su madre. Y esta le ha contado que el concejal que estaba con su hija, ni papeles de divorcio ni nada traía entre manos.

—O sea, que se la estaba dando con queso.

—No lo sabes tú bien, riéndose de ella. Y lo peor es que su mujer se ha enterado y la ha emprendido contra la chavala.

—Ya, topicazo... Esa es otra, que a mí Lourdes no me cae bien, pero que quien tiene el compromiso es su marido. Pero claro, ese, mientras le lleve el sueldazo de concejal a casa, será que se ha dejado seducir y que no tiene culpita de nada.

—Yo no lo hubiera definido mejor. Por lo visto, se ha formado la monumental y los tres están en boca de todos. Su madre decía que es un auténtico bochorno, que no sabe si van a poder seguir por estos lares.

—Jopé, pues sí que está movidita la cosa...

—No lo sabes tú bien. Y eso no es todo...

—¿Hay más? Hija mía, te tenía que haber encendido antes, como a una radio, porque con tanta información me va a terminar entrando el sueño.

—Claro, pero es que yo no quería espantártelo y por eso...

—Pues dale, dale, que como ves tengo los ojos abiertos en plan búho.

—Ya, ya. Flipa con lo que voy a contarte, hoy por poco si no se matan la madre de Sonia y Piluki, la mujer de Esteban.

—¿Qué dices? ¿También se ha desatado la caja de los truenos?

—Digo que sí. Los padres han presionado a la niña para que hablara y esta ha largado a lo grande. Total, que la madre se ha ido verde de ira como el increíble Hulk a casa de su socio y él no estaba.

—Y se lo ha soltado todo a Piluki, como si lo viera...

—Justo. Pero verás, en honor a la verdad, esta sí que ha arremetido contra su marido y por lo visto ha blasfemado en arameo. Pero lo malo es que también lo ha hecho contra la niña y ahí ha sido cuando su madre ha intentado poner pie con pared y las dos han chocado a lo grande.

—Toma ya, o sea que como decía la famosa serie, “Los ricos también lloran”.

—Yo no sé si llorarán o no, pero que, entre ellos también se lía parda, eso puedes jurarlo. Hasta de los pelos se han cogido. Con decirte que varios niños que estaban por allí han salido corriendo con las extensiones de Piluki en la mano, que la otra le ha arrancado...

—¿Llevaba extensiones? Anda, así ya se puede... Y yo pensando siempre que vaya melenaza que tenía la tía.

—Sí, melenaza, y tetas operadas como las de la de la doña y pestañas postizas y...

—Anda, pues sí que no le falta un perejil, si es desmontable la muchacha...

La conversación me ayudó a conciliar el sueño. Menos mal, porque el día siguiente no iba a ser precisamente fácil y a mí algo me lo decía.

Después del almuerzo, Imanol seguía sin dar señales de vida. Bien imaginaba yo que debía estar

dolido conmigo. ¿Qué pasaría por su cabeza? Desde el día anterior, había estado a punto en muchos momentos de escribirle un wasap contándole lo sucedido, pero no me había parecido lo más lógico.

Hay ciertas cosas que una debe explicar en persona y, si no tiene la posibilidad, esperar a tenerla. Pero hacerlo por wasap quizás solo contribuyera a empeorarlo todo y eso no era algo que yo quisiera por nada en el mundo.

A esa hora, con mi bocata en la mano, y sin atreverme a pararme allí por si me veía Nuria y decidía cortarme la cabellera, me pasé por la piscina. La idea era hacer contacto visual con Imanol y eso desde luego que lo conseguí.

Lo que vi en su mirada fue una muestra de aflicción y de enfado. Nunca lo había visto mirarme de esa manera y me dolió mucho. Ni un ápice de condescendencia en su gesto ni una indicación de aquellas de que en cuanto pudiera nos veríamos, de esas que solo nosotros entendíamos.

Me estaba devanando los sesos y, a media tarde, tenía el baile de San Vito en las piernas.

—No te preocupes, mujer, que ya tendrás ocasión de hablar con él y de explicárselo todo. ¿No dicen que las discusiones a veces son buenas para reactivar a las parejas?

—Pero niña, que nosotros no somos pareja ni nada parecido. Y lo menos que nos pega en estos momentos es estar con discusiones y demás. Y tampoco con malentendidos, que este ha sido uno y de los grandes.

—Tú te lo estás diciendo todo, seguro que ha sido solo eso, un malentendido y que pronto todo este embrollo se va a resolver.

—Dios te escuche, porque estoy sudando la gota gorda con el asunto.

—¿Quieres que nos tomemos un cacharrito y ya verás cómo se nos pasa todo?

—Sí, y así segurito que lo arreglamos. Anda ya, lo unquito que nos hace falta es llegar tajadas a la cocina y que doña Tecla nos forme una tangana buena. Y por una vez con razón...

—Mujer, que me refería a una copichuela, no a que nos pusiéramos como una cuba las dos.

—Y hablando de copichuelas, mira que ofrecerle tú una la otra noche a mi ex. No sé lo que te hubiera hecho en ese momento.

—¿Qué me ibas a hacer? Adorarme, porque soy eso, sencillamente adorable.

El caso es que tenía razón, porque no lo habría sido en ese momento, pero Inma siempre estaba ahí para todo.

Pronto se hizo la hora de volver a meternos entre fogones, que esos no nos daban tregua. Y tan despistada estaba yo, que di un traspies de no te menees.

—¿Te has hecho daño? —me preguntó mi compañera, al ver que me agachaba porque me dolía el tobillo.

—Nada, nada, una pequeña torcedura, pero no es preocupante. ¿Por qué no te adelantas tú y le vas echando una mano a Guadalupe? Yo voy ahora un poco más despacito.

—¿Estás segura de que puedo dejarte aquí sola?

—Mujer, ni que estuviéramos en medio de un combate, pues claro. Te digo que ya voy en un pis pas.

Inma salió a la carrera, que no teníamos ningunas ganas de que Nuria apareciera por allí dando voces y yo me senté un momento. Estaba justo delante de la puerta del almacén en el que tantas veces me había visto a solas con Imanol y eso me escoció.

No obstante, pronto constaté que allí dentro había alguien y no tardé en reconocer la vomitiva voz de mi jefa, que parecía estar urdiendo alguno de sus maquiavélicos planes.

—Pues mirarías para otro lado, pero te digo yo que la otra noche Imanol salió. Eres un desgraciado que no sirves para nada, pero te advierto que, o me ayudas, o me las vas a pagar muy caras.

La voz de enfado de la tipa daba miedo y yo no tardé en atar cabos. “La otra noche”, debía estar refiriéndose a la noche en la que ella estuvo con sus primos e Imanol y yo en el cine. La misma noche en la que después vio cómo Julián me morreaba en la entrada y debió sacar sus propias conclusiones. O entendió bien la situación, pero, aun así, arrimando el ascua a su sardina, se lo contó como le dio la gana.

—Que no, que te digo yo que de aquí no salió. Yo estuve haciendo guardia y no lo vi irse a ninguna parte. Debió permanecer toda la noche en casa.

—Y un jamón con chorreras, que comprobé que había cogido una de sus camisas.

—Te equivocarías, Nuria, seguro que fue otro día.

—A mí no me contradigas que me cago en todo lo cagable, ¿eh? Sí que trató de hacerse el tonto volviéndola a colgar en el armario, pero esa estaba arrugada y no perfectamente planchada como el resto.

Ni la CIA le hacía la competencia a la tiparraca aquella. Si que tenía control. Y no solo eso, lo peor era que parecía estar presionando a alguien para que vigilara todos los movimientos de Imanol. ¿Le había puesto un espía? Al final aquello sí que iba a ser digno del guion de una serie.

Muerta de miedo, me quedé con el oído puesto en la puerta hasta que los pasos de ambos me indicaron que iban a abrirla. En ese instante, corrí a resguardarme tras la esquina y la vi salir, erguida como iba siempre.

—César, ¡ojito con todo lo que te he dicho!, ¿eh? O me traes información fresca o pongo a tu hermano en la puerta de la calle y tú te vas a la cárcel, cuando no pueda pagar ni un euro de lo que debes.

El mohín doloroso del chico lo decía todo, porque aquella mala pécora los tenía bien agarrados por sus partes nobles.

—Nuria, déjame respirar un poco, ¿vale?

—Sí, sí, tú respira aire fresco mientras puedas, que me da a mí que el de la celda va a estar más viciado. Y hablando de vicios, seguro que a un chaval tan mono como a ti se lo rifan allí, tú ya me entiendes.

Era mucho peor de lo que yo creía. Una mala persona de esas que crees que nunca te vas a encontrar en vivo y en directo y con la que un buen día vas y te topas.

Apreté los puños... sin duda que el chico era César, el hermano de Imanol y Nuria lo estaba chantajeando para saber de las andanzas de su novio. Por lo que había podido escuchar, él no había entrado al trapo, pero todavía existía la posibilidad de que lo hiciera, ya que era mucha la presión a la que lo estaba sometiendo.

Aunque, por otra parte, ¿sobre qué iba a abrir el pico si lo mío con Imanol parecía haber acabado?

¿Acabado? No, en ese momento, más que nunca, me entraron unas ganas increíbles de luchar por lo nuestro. Como Kayra que me llamaba que la que se iba a caer con todo el equipo sería Nuria. Esa ya me había hinchado las narices lo suficiente y era hora de que empezara a tomar de su propia medicina. Y yo la estaba esperando con un tarro de jarabe llenito hasta los topes...

Capítulo 14



Llegué a la cocina temblando como un flan. Los nervios se habían adueñado de mí a lo grande, ¿era posible que fuera tan mala?

No tardó ni cinco minutos en aparecer por la puerta, dando una de sus malévolas palmaditas, que nunca traían nada bueno.

—Viene un proveedor importante en media hora, así que quiero ver la cocina como los chorros del oro. Y tampoco os quiero a todos como pasmarotes mientras se la enseño. Así que, dadle entre todos al estropajo y cuando llegue, quédate tú únicamente Guadalupe.

El proveedor en cuestión, según nos dijo Jero, era bastante fuerte y estaba dispuesto a cambiar todo el mobiliario, incluidos los toldos, con tal de que se le hiciera publicidad.

Y buena era Nuria para eso, porque entre sus múltiples virtudes, estaba la de pertenecer a la Hermandad del Puño Cerrado, vamos que esa no abría la cartera ni por casualidad.

Me lo había puesto a huevo, esa era la realidad. La visita le llevaría un ratito y, a esa hora, Imanol ya no estaría vigilando la piscina, por lo que yo correría a buscarlo.

Lo de correr era un decir, que me había puesto guapo el tobillo, pero la cosa estaba allí como para pedir una baja. Y es que, conforme pasaban los minutos, se me iba hinchando como una bota, qué se le iba a hacer...

Eso no sería óbice para que, en cuanto diera la voz de alarma Nuria, saliera yo corriendo así llegara con el tobillo partido hasta donde estuviera el guapo socorrista que me tenía el alma en vilo.

Por mi madre de mi alma que ya no me daba miedo nada. Llegué a la terraza de su casa y, justo, lo vi colgando el bañador en unas pequeñas cuerdecitas que tenía a modo de tendedero en una esquinita de aquel cuco espacio.

—Sal, Imanol, que tenemos que hablar, por favor—le indiqué con el brazo.

—Perdona, Kayra, pero creo que ya deberías haber entendido, por mi actitud, que es mejor dejarlo estar.

—Eso es porque no sabes ni de la misa la mitad, pero te vas a quedar frío.

—Frío ya me quedé el otro día, cuando, después de besarte conmigo, corriste a morrearte con otro en la puerta.

Su cara de decepción era absoluta. Si yo me hubiera puesto farruca, bien podría haber argumentado que seguro que él también se revolcaba con Nuria en la cama y yo tenía que tragármelo, pero quise ponerme en sus zapatos y entendí que lo mismo, lo mismo, no era.

Me pusiera como me pusiera, él estaba con Nuria por necesidad y no por gusto. En cuanto a lo mío con Julián, habida cuenta de que su novia se lo habría contado como le diera la real gana, podía darle mucho que pensar.

—Que era mi ex, hombre, y que lo acompañé a la puerta para que se fuera a hacer puñetas. Que sí, que me cogió de improviso y me espetó un beso, pero que se la líe mortal, seguro que eso no te lo ha contado Nuria, ¿a que no?

El gesto de su cara se relajó en ese momento, pues hasta entonces estaba demasiado tenso.

—¿De veras? ¿No tienes nada que ver con ese tipo?

Mientras me preguntaba, Imanol no paraba de mirar de lado a lado de la casa, temiendo que llegase Nuria y liara allí una pajarraca de las suyas, que en ese caso, dado que yo me había acercado hasta allí, no tendría parangón.

—Claro que de veras. Y tranquilo que no estoy loca y que nunca haría nada que te pusiera en un

aprieto. Nuria está reunida en el club, sal un momento que tengo que contarte algo que te va a dejar con la boca abierta.

Todavía dubitativo, Imanol salió y nos dirigimos hacia una zona apenas perceptible para nadie, por quedar tras unos árboles en uno de los rincones más alejados de la urbanización.

—Lo que voy a contarte lo han escuchado directamente mis oídos, tu novia está presionando a una persona para que te pise los talones y le cuente todos tus movimientos.

—Kayra, ¿qué dices? Que yo ya sé que es más pesada que un choco y todo lo que tú quieras, pero de ahí a llegar a...

—A amenazar a tu hermano con que, si no la ayuda, va a terminar dando con sus huesos en la cárcel, a eso—añadí tan decidida que lo dejé con la boca abierta.

—¿A mi hermano? ¿Nuria está...?

—He dicho antes presionando, pero corrijo, lo está chantajeando en toda regla.

—Kayra, lo que estás diciendo es muy grave, es un delito.

—¿Y crees que no lo sé? Te voy a dar más señas, ¿a que la otra noche colgaste la camisa que llevaste puesta al cine para que ella no se diera cuenta de que la habías utilizado?

—Joder, sí...

—Pues eso, que se asegura de que las tengas todas perfectamente planchadas y luego mira si hay arrugas en alguna.

—La virgen. ¿Y César? ¿Se lo ha contado?

—No, tu hermano será una oveja descarriada y todo lo que tú quieras, que sabes que yo estoy al tanto, pero no ha abierto la boca. Y eso que no veas cómo se las gasta la tía con sus amenazas.

—¿Será posible? Para una vez en su vida que parece que está intentado enderezarse y que ella lo sabe, que le está costando mucho, y va la tía y le da caña. Hay que ser mala de condición.

—Tu novia es de las que observan cuál es el eslabón más débil de la cadena para meter ahí los alicates, y a tu hermano le está dando por todos los lados.

—Kayra, lo siento. Y yo creyendo sus palabras y alejándome de ti, pero entiéndeme, me dolía tanto que...

—Lo entiendo, no le des más vueltas, por favor. Ahora tenemos una buena papeleta por delante que solucionar.

—Di que sí, y lo vamos a hacer porque, ¿sabes una cosa? Te quiero, niña, te quiero y no puedo dejar de pensar en ti.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas, ya que me había soltado un “te quiero” que me llegó al alma.

—Yo también te quiero, Imanol, yo también te quiero—le confesé mientras lo abrazaba y lo besaba.

Desde ese momento, fuimos nosotros los que parecimos de la CIA y permanecimos en constante contacto a todas las horas del día. La idea era pillar a Nuria in fraganti y, para ello, Imanol se arriesgó y fue a ver a su hermano.

Si el tiro le salía por la culata, y César por miedo se lo contaba a Nuria, quedaríamos indefensos ante ella, y el mundo se nos vendría encima. Pero no, la suerte era nuestra aliada y a mi “cuñadito” le vino de perlas que su hermano supiera del tema.

Muerto de miedo y de la vergüenza, le confesó que no había sido capaz de desenmascarar a Nuria por miedo, pero que tampoco le había delatado a él en ningún momento. Algo era algo.

A partir de ahí, le daríamos juego a su todavía novia. ¿No era eso lo que quería? Pues juego iba a tener. Y nosotros la grabadora del móvil preparada para cuando llegara el momento.

César se puso en contacto con ella al día siguiente. La idea era que le dijera que, mientras ella estuvo reunida, Imanol se vio con alguien.

La pécora se tragó el anzuelo enterito y lo citó allí aquella misma tarde. César iba con la artillería pesada y con el móvil en el bolsillo, para que todas sus infames palabras quedaran grabadas.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme? —Imanol y yo escuchábamos desde fuera, con los dedos cruzados.

—Bueno, tampoco es que sea tan importante, solo que creo que ayer tarde mi hermano se vio con alguien aquí dentro.

—¿Con alguien?

La idea no era mala porque ella sabía que Imanol tuvo margen, dada su reunión.

—Sí, pero no puedo darte más datos. Me fui imposible verlo con claridad, creo que era una chica, pero...

—¿Y para darme esa mierda de información me has hecho quedar aquí contigo? Mira chaval, tú no sabes con quién te la estás jugando, pero yo tengo una mala leche que para qué. Todavía no te has enterado, pero te vas a enterar en breve.

—Nuria, no puedo más con tanta presión, ¿tú eres consciente de que me estás chantajeando?

—¿Chantajeando? Esto no es más que la punta del iceberg, chaval, te juro que no voy a parar hasta verte a ti en la cárcel y a tu hermano en la puta calle. Estáis en mis manos, ¿lo entiendes? En mis manos... Y si hace falta, inventaré lo que sea, e incluso... se me está ocurriendo otra mejor.

—Nuria, me das miedo, en serio que me das miedo, déjanos ya, por favor... Si quieres despedir a mi hermano, despídelo, ya veremos cómo pagar la deuda, pero no nos utilices más.

—¿Despedirlo? Voy a hacer algo mucho más jugoso. Esto le va a explotar en toda la cara, palabra que le va a explotar. Ese va a ir contigo para chirona.

—¿Mi hermano? Pero si el tío tiene un expediente policial limpio como la patena, ¿cómo piensas meterle la mano?

César lo estaba haciendo fenomenal, recabando toda la información, y en cuanto a lo de meterle mano, yo sí que le hubiera metido a ella, pero hasta el fondo. De buena gana, la hubiera cogido por los pelos y utilizado como fregona para dejar brillantes los suelos.

—¿Limpio? ¿Un expediente limpio? Pues lo mismo se lo ensucio yo diciendo que me ha agredido. Ya sabes lo que pasa con estos delitos, que están a la orden del día. Y, otra cosa, son de lo más sorprendentes. Allí donde no te lo esperas, sale un maltratador y normalmente nadie lo diría, porque su imagen suele ser modélica.

—¿Mi hermano un maltratador? Sabes que jamás de los jamases te pondría una mano encima.

—Cierto, pero eso lo sé yo, no la policía, ¿ok? Puedo ser de lo más persuasiva...

César le tiró un poco más de la lengua y, cuando consideró que ya tenía suficiente, se dio medio vuelta y la dejó tirada como a una colilla.

—¿Dónde te crees que vas, so mierda? Todavía no he terminado contigo.

—Ya, pero la cuestión es que yo, con lo que llevo en el bolsillo, puedo terminar contigo en cuanto me dé la real gana.

César sacó el móvil y ella se percató de que la había cagado a lo grande. Nuria empezó a dar gritos y ahí fue cuando Imanol y yo entramos en acción.

—¿Estabais ahí escuchando? Hijos de...

—Esa boca, Nuria, esa boca, a ver si te la vamos a tener que lavar con lejía—le corté el punto.

—Tú, muerta de hambre, ¿osas dirigirte a mí en esos términos? Ya estás en la puta calle y tú también, cabronazo—vociferó dirigiéndose a Imanol.

—No te preocupes que nos vamos a ir, Nuria, pero tú y yo pactaremos los términos en los que lo hacemos, no creas que te vas a ir de rositas.

—¿Pactar? ¿Qué mierda queréis?

—Ya lo pensaremos. Y mientras lo hacemos, te sugerimos que cojas un par de días libres y te quites de en medio, no queremos verte por aquí.

—¿Me echáis? Yo soy la dueña, esto es de locos, el mundo al revés.

—O eso, o ahora será la dueña la que dé con sus huesos en la cárcel, ¿cómo lo ves?

La cara de Nuria era todo un poema. En mi vida había escuchado más fanfarronadas ni más insultos juntos, pero hice oídos sordos y pensé que, quien reía el último, reía mejor.

En un segundo, se marchó de allí echando mistos, e Imanol y yo nos besamos.

—Que me vais a salpicar...—La cara de César también reflejaba felicidad y es que a él le había hecho pasar un infierno, igual que a nosotros.

—Gracias, hermano. Si llegas a caer en sus redes, esta nos hubiera chantajeado toda la vida.

—Dale las gracias al traspies que dio Kayra, porque a mí me tenía loco. Yo ya había pensado hasta desaparecer y que me dieran por muerto.

A quien tenían que darle, pero por donde amargaban los pepinos, era a la loca de Nuria. Qué lejos había estado dispuesta a llegar con tal de salirse con la suya. No se podía ser más mala. En cuestión de veinte minutos la vimos salir con una maleta de mano para dos días... El tiempo en el que nosotros decidiríamos lo que queríamos hacer con nuestras vidas.

Capítulo 15



Me levanté con la sensación de que nada de aquello podía haber ocurrido, ¿de verdad habíamos vivido esa pesadilla?

Con Nuria fuera de juego e Imanol a mi lado, me sentí una mujer verdaderamente afortunada. No podía decir que nadie nos lo hubiera puesto fácil, pero sí que estábamos dispuestos a continuar luchando como jabatos por lo nuestro.

—¿Y ahora qué? —me preguntó él sin saber muy bien a qué atenerse.

—Ahora me parece que tocaría hacer las maletas y largarnos de este sitio, que parece que aquí el aire está un poco viciado—bromeé.

—Pues tú me dirás dónde quieres que nos vayamos y ya estamos allí...

Algo bueno habíamos sacado de todo aquello. Con tal de que no la denunciáramos y pudiera ir a parar con sus ensiliconadas carnes a la cárcel, Nuria había llegado a un arreglo con Imanol por el cual ella se encargaría de pagar las cantidades que él estaba abonando todavía al concesionario.

La noche anterior, antes de montarse en su coche, volvió para hacer una oferta que nos pareció razonable. Además, así no tendríamos que volver a contactar con ella.

Eso nos dejaba libre de deudas, que no era poco. De hecho, el dinero que Imanol tenía destinado a los pagos de los últimos meses, ahora podría utilizarlo a su antojo, por lo que se mostró bastante más tranquilo.

—Yo de por mí iría unos días a mi pueblo que, después de todo lo vivido, me apetece ver a los míos.

—Claro, claro. —Imanol pareció un poco desinflado en el sentido de que entendió que ese plan no le incumbía.

—Pues nada, lo dicho, ve haciendo la maleta que nos vamos.

—¿Me lo dices en serio?

—Pues claro, hombre. Mis padres son muy majos y les va a encantar que yo aparezca por allí en tan buena compañía.

En pocas horas ya estábamos en la puerta de la casa de mis padres, que estaban ajenos a todo lo que me había sucedido.

—¿Kayra? —me preguntó mi madre cuando me vio apoyada en el quicio.

—¡Hola, mamá! Este es Imanol—me aventuré a decir antes de que ella articulara palabra alguna.

—¿Imanol? Hija mía, tienes mucho que contarme.

—No lo sabes tú bien, mamá.

En ese instante, mi padre, Rodolfo, salía también de casa repeinado y oliendo a colonia que daba gloria.

—Papá, pero ¿dónde vas tan guapísimo?

—Hija de mi vida, ¿y tú? ¿Qué estás haciendo aquí?

Nos cruzamos cantidad de preguntas y es que se veía que no era solo yo la que tenía noticias frescas que contarles.

Por suerte, mi padre tenía aquella mañana una entrevista de trabajo y solo la posibilidad de que se lo dieran ya lo tenía tremendamente ilusionado.

Desde dentro salió David, mi hermanito, que se me echó encima nada más verme y se quedó mirando con extrañeza a Imanol.

—Mira David, es Imanol, mi novio, otro forofó del fútbol como tú.

—¿Sí? ¿De qué equipo? —comenzó a preguntarle sin dilación.

—Yo del Barça, chaval, ¿y tú?

—Buff, mal empezamos, yo del Real Madrid.

Por supuesto que era una broma, que para eso mis chicos estaban destinados a llevarse de fábula.

—Déjate de “mal empezamos” y vístete, que vamos a comprarte las botas esas que tanta ilusión te hacen.

—¿De verdad, hermanita, me lo dices de verdad?

—No, venga, te lo digo de mentira.

—Pero hija, ¿os vais así? ¿Sin contarme nada?

Mi madre estaba ávida de noticias.

—Sí, nos vamos, pero tú también con nosotros, que te voy a comprar un buen bolso en las rebajas, mami.

—Hija, si yo no necesito ni bolsos ni nada. Para mí, con que hayas venido, ya es suficiente.

Mi madre tenía un corazón de oro y yo unas ganas increíbles de compensarla por ello.

Al mediodía, después de haber hecho unas comprichuelas para toda la familia, nos reunimos con mi padre en aquel centro comercial de Albacete capital.

No hacía falta que nos dijera ni media palabra, ya que su sonrisa hablaba por sí sola.

—¡Me han dado el trabajo, familia, ya es mío!

Mi madre y yo nos miramos con toda la ilusión del mundo, porque sabíamos lo mucho que representaba para ese hombre tener un puesto de trabajo al que acudir cada mañana.

Me acordé de Jaime, ese amigo que había dejado en Valencia, porque mi padre comenzaría a currar de vigilante de seguridad precisamente en una gasolinera. Qué cable me habían echado muchas personas allí, personas a las que no conocía y a las que sentía que debía mucho.

Imanol se empeñó en invitarnos a todos a comer para celebrar el notición.

—Pero chaval, tú no tienes que hacer gasto, que tengo yo una ensaladilla hecha en la nevera de casa que vale su peso en oro.

—Pues mañana nos la comemos, Manuela, pero hoy toca disfrutar...

Lo cierto es que yo lo miraba por el rabillo del ojo y alucinaba un poco, ya que se movía entre mi familia como pez en el agua.

Después del almuerzo, en el que David no paró de hablar de sus zapatillas y de su nuevo equipo, con el que iba a entrenar el siguiente otoño, lo dejamos en casa de unos amigos para fardar de ellas y nos fuimos con mis padres a tomar un café.

Allí les pusimos al tanto de todo y a ellos se les quedó la mandíbula descolgada.

—Pues sí que te han pasado cosas desde que estás allí, hija de mis entrañas. —Mi madre daba sorbos al café mientras los ojos se le salían de las órbitas.

—Y entonces ahora, ¿qué pensáis hacer? —nos preguntó mi padre.

—La verdad es que nos gustaría establecernos en otro sitio, ¿verdad, Imanol?

Él asintió con la cabeza mientras tomaba mi mano, un gesto que no se le fue por alto a mis padres, que lo miraron con gratitud. Si algo querían ellos por encima de todas las cosas, era que su hija estuviera bien acompañada, y con el valenciano que ocupaba mi corazón bien se veía que sería así.

Yo estaba pletórica, y más aún cuando escuché lo que mi padre tenía que decirme.

—¿Y si lo intentarais en Mallorca? Se me ocurre que sería un sitio maravilloso para poner vuestro propio negocio; un camping o algo parecido en el que desarrollar las mismas labores que en Valencia, pero siendo vuestro.

—Papá, ¿tienes fiebre? Llevé mi mano hacia su frente en la convicción de que así sería, ese hombre debía tener al menos cuarenta grados de temperatura.

—Hija, tu padre no se ha vuelto loco ni nada parecido, escucha lo que tiene que contarte.

Puse las antenas y flipé, lo mismo que mi chico. El tío Roberto, aquel pariente de mi madre que emigró a Cuba hacía un buen puñado de décadas y del que apenas habíamos vuelto a saber, había fallecido sin herederos directos y a mi padre le iban a caer un buen puñado de billetes encima como consecuencia de ello.

Era increíble, parecía que la suerte se había posicionado por fin de nuestro lado, después de que hubiéramos pasado una temporadita que no se la deseaba yo ni a mi peor amigo.

—Pero papá, entonces, hay una cosa que no entiendo...

—Ya lo sé, hija, que a santo de qué tengo yo que trabajar de seguridad si ahora voy a tener un buen dinero que me cubra las espaldas.

—Exacto, papi.

—Kayra pero, ¿no sabes tú quién es tu padre? Este hombre no puede estar quieto. Y mejor así, porque como lo intente va a ser a mí a la que va a volver loca—nos contó muerta de la risa mi madre.

En eso tenía más razón que un santo. Mi padre no servía para estar mano sobre mano, por mucho que ahora fuera a tener la vida resuelta.

—Bueno, y digo yo una cosa, entonces ¿la idea es dejarnos un dinero para que montemos nuestro propio negocio?

—Exacto—respondieron los dos al unísono.

—¿Y no será mejor que lo hagamos entre todos? Para montar un sarao así hacen falta muchos trabajadores.

Mis padres me miraron sin dar crédito, pero con total interés.

—Pero hija, ¿dónde vamos tu padre y yo a nuestra edad?

—¿A vuestra edad? Mamá no me hagas hablar, que se me va a calentar el pico. Si no podéis ser más jóvenes los dos.

—Manuela, en eso tiene razón la niña, que tú no puedes estar de mejor ver todavía.

—Ains, Rodolfo, no me digas esas cosas delante de ellos, que me voy a poner roja como una amapola.

Mi madre era una mujer de esas de pueblo, buena donde las hubiera, que no había perdido la dulzura ni la candidez de la juventud.

—Mamá, papá tiene razón, tú puedes trabajar de recepcionista.

—¿De recepcionista yo? De eso nada, hija. A mí me dejas en la cocina, que es lo que me gusta, y a la recepción te vas tú, que no puedes ser más bonita.

Sin comerlo y sin beberlo, sin apenas darse cuenta, ya estaban aceptando. A Imanol los ojos le hacían chiribitas y, por debajo de la mesa, entrelazó sus piernas con las mías, en señal de que no

podía estar más feliz.

Sencillamente alucinante. Esa noche, cuando nos metimos en la cama, apenas podía creer que la vida nos hubiera dado semejante vuelco en tan pocas horas.

—Tus padres están decididos a venirse, es una pasada—me comentó él dándome un besazo de película.

—Tengo que pedirte disculpas, porque me he dejado llevar por el corazón y les he hecho la propuesta sin encomendarme a Roma ni a Santiago.

—¿Qué quieres decir con eso? —Enarcó una ceja.

—Pues que se trata de nuestros planes y quizás no quieras...

—Kayra, ¿tú has visto la carita que se te ha puesto de pensar que ambos puedan ser felices a nuestro lado?

—Imagino, es que les adoro. Ellos se han desvivido siempre por mí y por David y ha llegado la hora de que la vida les compense.

—Ummm, David, pienso darle tela marinera en el campo de fútbol, que lo sepas...

—¿En el campo de fútbol?

—Sí, porque nuestro camping va a tener de todo; instalaciones deportivas incluidas, ya lo tengo todo en la cabeza.

Imanol no era solo un socorrista, ni mucho menos. Por los planes que tenía para emplear la herencia que nos había llovido del cielo, corroboré que llevaba un empresario dentro que nunca tuvo la oportunidad de salir.

Es más, lo que llamó poderosamente mi atención fueron sus planes para devolverles a mis padres, en unos diez años, todo el capital que invirtiéramos en aquel negocio... Un negocio para el que ya

tenía también prevista la posibilidad de ampliarlo en el futuro.

—¿Qué me cuentas? Se me está espantando el sueño...

Aquella noche no se me espantó solo porque su cercanía provocaba que yo me derritiera, sino porque nuestros planes me emocionaban a más no poder.

Me levanté y, de puntillas, fui al salón de casa a coger papel y bolígrafo. Imanol tenía muchas ideas en la cabeza para plasmar y a mí, ver aquellos números y planos por delante me elevaban hasta el cielo.

—Hermana, ¿crees que vamos a estar bien en Mallorca? —me preguntó David, que era el único que estaba levantado en la casa, jugando al FIFA,

—Creo que vamos a estar como reyes, mi niño.

—Pues nada, la princesa Leonor se va a Gales a estudiar y yo a Mallorca, que no soy menos.

Mi hermano se echó a reír y yo con él. Por supuesto que él no era menos, para mí era mi príncipe y uno de los motores de mi vida.

Volví al cuarto y, mientras Imanol me hablaba de los aspectos técnicos del proyecto, yo me centré en la parte del personal. Eran varios los candidatos que venían a mi mente para acompañarnos en el que se iba a convertir en nuestro sueño... Y, en la medida que pudiera, yo quería que todos ellos se subieran con nosotros al barco que nos llevaría a vivir aquella aventura.

Con Imanol a mi lado, sabía que todo iba a salir bien... En cuestión de pocos meses el negocio tendría que estar funcionando. Había pasado de apenas tener perspectivas de futuro a tenerlas formidables. Y encima, en la mejor de las compañías...

Capítulo 16



Los primeros en llegar a Mallorca, un mes después, fuimos Imanol y yo. Para entonces, ya nos íbamos conociendo y algo nos decía que lo nuestro no solo iría viento en popa, sino a toda vela.

La temporada de verano tocaba a su fin y teníamos todo el otoño y el invierno para acometer las obras y demás.

Llegamos con la vista puesta en un par de terrenos y no tardamos nada en decantarnos por uno de ellos, pues por situación y demás no tenía comparación con el otro, una vez los tuvimos delante de nuestros propios ojos.

—Tú eres consciente de la cantidad de trabajo que tenemos por delante, ¿verdad?

Imanol me apretó fuerte la mano.

—Si es a tu lado, será como un paseo por las nubes.

—Bueno, bueno, eso ya me lo contarás, que del dicho al hecho...

Pero no, Imanol estaba cien por cien conmigo en nuestro proyecto. Me encantó la forma en la que nos compenetramos a la hora de abordar los mil aspectos de este. Desde un sinfín de permisos municipales, pasando por la preparación del terreno o por el encargo de los coquetos bungalows de madera que colocaríamos a modo de alojamiento.

De entre todos ellos, destacarían dos que serían verdaderas casas; una para Imanol y para mí y otra para mis padres y David.

Fueron unos meses de intenso trabajo en los que nuestra relación no hizo sino afianzarse. Dos

semanas antes de su apertura, en primavera, el lugar estaba destinado para acoger a todos aquellos que iban a trabajar con nosotros.

Aparte de ciertas personas de la localidad, que también contratamos, fuimos felicísimos dándoles la bienvenida a mis padres y a David, pero también a mi amigo Vero, que trabajaría como socorrista igual que Imanol, pues para eso había hecho un curso durante aquellos meses; y a Guadalupe, a Inma y a Jero...

Sí, por nada del mundo quise olvidarme de aquellos tres, a los que tanto y tanto tenía que agradecerles... Sí, ni que decir tiene que, para poder venirse, Guadalupe se separó del malandrín de su marido, y esa fue una de las mejores decisiones que pudo tomar en su vida.

Y hablando de buenas decisiones, tampoco quisimos olvidarnos de César, ese que había estado más perdido en la vida que la madre de Marco, y al que le dimos una segunda oportunidad.

De hecho, si él en su día hubiera cedido al chantaje de Nuria, las cosas se nos hubieran complicado todavía mucho más. Y quién sabía si hasta el punto de que hubiéramos acabado separados por culpa de las maniobras de la doña. Desde ese punto de vista, yo le tenía cierta simpatía a mi cuñado, a quien además deseaba ayudar por aquello de que nos habíamos convertido en familia.

Reconozco que, cuando le hice la propuesta a Imanol, ni siquiera él, siendo su hermano, las tuvo todas consigo. Pero los dos éramos buena gente y queríamos confiar en él, aunque tuviéramos nuestras reticencias.

—Cariño, ¿y si la caga? Ya sabes que ha sido muy bala perdida y no termino de fiarme. No quiero que nos fastidie en nada.

—Bajo mi responsabilidad, cariño. Déjalo de mi mano que a ese lo enderezo sí o sí, ya lo verás...

Recuerdo que, el día antes de que todos pusieran un pie en la isla, Imanol me dio una sorpresa. Con su particular coche en tonos naranja, todo un clásico que atraía la mirada de los isleños, me dijo de ir a darnos un chapuzón a la playa.

Ni corta ni perezosa, me enfundé un sexy bañador rojo que me había comprado, tipo la serie a la que ya he aludido, “Los vigilantes de la playa” y ambos nos dirigimos a una cala en la que nos comportamos como lo que éramos, dos locos enamorados, lejos de miradas furtivas.

—¡¡Lo hemos conseguido!! —le chillaba yo mientras retozábamos por la arena.

—¡Claro que sí, mi vida! Soy el hombre con más suerte del mundo—me decía mientras capturaba una y otra vez mis labios con los suyos, enseñándome lo que era la felicidad en estado puro.

La llegada de todos los nuestros tampoco tuvo desperdicio. Imposible describir los ojitos de mi hermano David cuando vio las canchas deportivas.

—Cuñado, lo has petado, lo has petado...

El chico, que en principio tenía sus reticencias a la hora de ir a vivir a un lugar tan distante de nuestro pueblo, ahora estaba que se salía del pellejo.

—Claro, niño, ¿qué te creías? ¿Que tu cuñado era un matado?

Mientras ambos corrían hacia la pista de futbito, yo les iba enseñando a los demás el resto de las instalaciones.

Noté a la legua que mi madre y Guadalupe iban a hacer unas excelentes migas, cosa que me alegró mucho. En cuanto a Inma y Jero, harían de camareros.

—Qué alegría, a ver si aquí cojo colorcito, que allí en la cocina estaba cogiendo complejo de Miércoles Adams—decía ella aludiendo al color céreo por las muchas horas pasadas entre fogones.

—Esto es una pasada, una pasada, ¿de verdad que vamos a vivir aquí? —añadía él.

Todo habría valido la pena solo por ver la transformación de los ojos de Jero; su habitual tristeza dio paso en cuestión de horas a un brillito que nunca le habíamos visto.

Si por mí fuera, me habría llevado conmigo a todas las personas a las que quería, incluido a Jaime. De hecho, Imanol y yo le lanzamos la propuesta, que tuvo que rechazar en pos de estar más cerca de Nicolás. Sin embargo, nos contó que por fin le había puesto los puntos sobre las íes a Úrsula y que aquella pécora no había tenido más remedio que dar su brazo a torcer en muchas cosas.

Eso sí, tanto él como Lucía habían aceptado nuestra invitación de venir a pasar unos días con nosotros ese verano, en los que les acompañaría el peque, al que yo no había tenido la oportunidad de conocer.

—Ay niña, con qué gusto lo habéis puesto todo, esto es el mismísimo paraíso—soltó Guadalupe y todos nos echamos a reír, pues ella lo había dicho por decir, sin reparar en que ese, “El Paraíso”, era el nombre que Imanol y yo le habíamos dado al complejo.

Se palpaba el buen rollo que iba a reinar entre todos nosotros. Mi padre estaba que no cabía en sí de gozo y es que, para él, encargarse del mantenimiento de aquello, era un regalo...

Días antes se había despedido de su trabajo en la gasolinera que, no obstante, le hizo recobrar la fe en que alguien de su edad, todavía tenía cabida en el mundo laboral.

Epílogo



2 años después

Increíble que hubiéramos podido adquirir los terrenos contiguos y hacer más grande el negocio en tan poco tiempo. Claro que no fue fruto de la casualidad, sino del trabajo codo con codo de todos nosotros.

Hasta David, por aquellas fechas, estaba ya sacándose el curso de socorrista con idea de ocupar plaza como tal en cuanto cumpliera los dieciocho, en breve.

—¿Y por qué no puedo yo ser tu padrino? —me preguntaba mientras me decía, con un gesto de manos, que estaba preciosa.

Me acordé cantidad de nuestras vecinas de Albacete, y de lo mucho que les hubiera gustado verme vestida de novia, pero Mallorca era el sitio en el que vivíamos y en el que quisimos darnos el “sí, quiero”.

Siempre imaginé que mi pedida de mano ocurriría durante un viaje, en algún lugar exótico, y no como fue. Sin embargo, por nada del mundo la cambiaría, ya que se trató de una pedida absolutamente espontánea, como todo lo que concernía a mi chico y a mí.

Ocurrió una noche en la que ambos estábamos borrachos como piojos, al pie de la piscina. El hecho de que el negocio fuera nuestra no quería decir que no nos hartáramos de trabajar, todo lo contrario, por lo que a menudo aprovechábamos la noche para tomarnos unas copichuelas.

Era de madrugada y todos los clientes del complejo dormían. Imanol y yo nos sentamos a meter los pies en el agua y vimos el reflejo de la luna en la piscina.

—Es preciosa—le dije con aquella media lengua a causa de la borrachera.

—Ni la mitad que tú, mi niña, ni la mitad que tú...

Recuerdo que me quedé mirándolo, absolutamente embelesada, y que le pregunté que cómo podría yo agradecerle al universo el hecho de tenerle en mi vida.

—¿Lo dices de broma? Soy yo el que debería dar gracias, cielo. —El hipo hizo acto de presencia y le cortó la frase.

—No, debería darlas ya...

—No, yo... ¿Te quieres casar conmigo? —Le salió como quien lava y no enjuaga y a mí lo que se me salieron fueron los ojos, pero de sus órbitas.

—¿Qué has dicho? —Lo miré atónita.

—Que si te quieres casar conmigo, porque podríamos hacerlo el verano que viene, aquí en este mismo sitio. Yo me lo imagino en plan boda americana, así al aire libre, ¿tú lo ves?

—Yo lo veo, yo lo veo. —De la emoción, lo que debía ver él, era que mis ojillos daban vueltas y vueltas.

—¿Y entonces?

—Entonces, ¿qué?

—Que si te vas a casar conmigo, guapa.

—Pues claro, ¿con quién me voy a casa si no?

Totalmente surrealista, así fue una pedida que dio lugar a los preparativos de la boda más alegre del mundo, que aquel día celebrábamos en nuestro complejo turístico.

Como bien habíamos fantaseado, se trató de una boda al aire libre con su carpa, su pasillo, sus sillas y un sinfín de abalorios con los que engalanamos los jardines.

Aparte de nuestros familiares, todos los clientes estuvieron invitados, por lo que se trató de una celebración multitudinaria.

Ese día, por supuesto, ninguno de los miembros de nuestro equipo trabajó, por lo que encargamos todos los aspectos de la celebración a un cáterin, ya que la idea era que todos disfrutáramos a más no poder.

Para aquel entonces, mi madre había hecho de celestina entre Juan, uno de nuestros clientes y Guadalupe. El hombre, que era viudo, había llegado un mes antes para pasar diez días con sus hijos y nietos en el complejo. Pues bien, ya llevaba veinte más y parecía que de allí no lo movíamos en todo el verano.

Aunque, para sorpresa, la de mi cuñado César, esa oveja descarriada a la que conseguimos meter en cintura. A esas alturas, ya llevaba un año de noviazgo con Mara, una mallorquina que había conocido en la playa y a la que no dejaba ni a sol ni a sombra.

Mis suegros, que eran un encanto y que me trataban como a una hija, no perdían la esperanza de que pronto sonaran campanas de boda para ellos también. Y no tendría nada de particular, porque mi cuñado no es que estuviera enamorado, sino que estaba enamoradísimo de su chica.

Por si todo eso fuera poco, también Jero, que hasta ese momento no había tenido demasiada suerte en la vida, se nos emparejó. Lo hizo con Nadia, una chica que metimos como refuerzo del servicio de camareros para que trabajara con él y con Inma. Desde el mismo día que la vio, Jero le echó el ojo. El caso es que no fue fácil, porque ella, que venía de una historia de amor que la había dejado escaldada a tope, no le hacía ni puñetero caso al principio. Por esa razón, fueron muchos los capotes que los demás le tuvimos que echar hasta que un buen día ella se decidió a abrirle su corazón y él se metió tan fuerte en él que desde entonces no había vuelto a salir.

La que no quería compromiso ni por asomo era la niña bonita del lugar, es decir, nuestra Inma. A esa no había quien le hincara el diente porque se había acostumbrado a ir por libre y así era feliz cual perdiz. Y no sería por falta de pretendientes que era increíble el arrollador éxito que tenía entre los clientes.

Incluso había llegado a vivir una historia con uno, Ismael, un pintor asturiano, que se parecía una barbaridad al actor que encarna a Lucifer en la famosa serie de Netflix. El caso es que la petarda de mi amiga decía que estaba con él por fardar y porque le molaba tela que las niñas se le echaran encima, al confundirlo con el diablo en cuestión, y a ella le tuvieran una envidia que para qué.

Eso sí, en cuanto se le pasó la novedad, le dio boletto como al resto y volvió a proclamar las bondades de su soltería. Tanto lo hacía que estas terminaron por hacer eco en mi amiga Vero, que también decía que a ella no le echaba el lazo ni Dios.

Juntas tenían más peligro todavía que por separado (que ya es decir) y hacían paz y guerra a lo largo y ancho de la isla.

Los que también se la recorrían de cabo a rabo, siempre que tenían ocasión, eran mis padres que en Mallorca estaban viviendo una especie de segunda luna de miel. Yo no podía estar más contenta por ellos ya que, con lo mal que lo habían pasado para llevarnos a mí y a mi hermano para arriba, ahora les tocaba vivir una época dorada.

Aunque para dorada, la mañana en la que mi Imanol y yo nos íbamos a dar el “sí, quiero”. Con mi juvenil vestido de estilo ibicenco y una cala en la mano, avancé hacia él.

—Ten cuidado, no te vayas a resbalar, preciosa mía—me indicó en cuanto me vio aparecer por aquel improvisado altar que no podía lucir más bonito.

—¿Por qué me voy a resbalar, cariño? —le pregunté sin entender demasiado. Valía que mis zapatos eran bien altos, pero de ahí a desmoñarme, iba un abismo.

—Por la baba, que se me cae—me indicó y, entonces, provocó que la mía también se cayera.

Un improvisado “vivan los novios” por parte de un revoltoso grupo de micos de los que teníamos hospedados, nos hizo sonreír todavía más a los dos.

Si dicharachera había sido mi pedida de mano, más todavía lo iba a ser una ceremonia en la que la alegría sería la protagonista.

—Pues ten cuidado socorrista, a ver si voy a llegar hasta la piscina a causa del resbalón, y me tienes que volver a hacer el boca a boca, como aquel día.

—Yo a ti te hago el boca a boca y lo que haga falta, vida mía. —Besó mi mano y la tomó mientras el oficiante daba comienzo a la ceremonia.

Mil y una imágenes pasaron por mi cabeza mientras nos iba desgranando los entresijos de cómo debía ser un matrimonio ejemplar. Yo no sabía hasta qué punto estaría enterado aquel hombre de ello, pero, en lo tocante a nosotros... Nosotros sí que sabíamos demostrarnos día a día lo mucho que nos queríamos y cuánto deseábamos estar juntos.

Terminada la ceremonia, el beso que depositó Imanol en mi boca supuso el pistoletazo de salida a un día de fiesta que permanecería para siempre en nuestra memoria.

Mi chico, mi amante, mi amigo, mi confidente, mi media naranja y, de repente, también mi marido. Imanol había llegado a mi vida como un rayo de luz y todos los días daba yo gracias al universo porque me alumbrara. Ya no podía concebirla sin el socorrista que un día me la salvó y que, el resto, me la hacía inmensamente feliz.